

LA CORNISA CANTABRICA: UNA MACRO-REGION INDUSTRIAL EN DECLIVE

Uno de los hechos que más llama la atención en la moderna evolución de la economía regional española es el giro negativo que experimentan las economías de la cornisa cantábrica a partir de 1960 y, de manera especial, a lo largo de la actual crisis económica. Asturias, Cantabria y el País Vasco han pasado, en el curso de pocos años, de la consideración de viejas regiones industrializadas a la calificación de «regiones en declive» en la actualidad.

En este artículo de **Jaime del Castillo** y **Juan A. Rivas** se ilustra con gran riqueza informativa este particular proceso evolutivo, con especial referencia a los problemas de tipo socioeconómico, espacial, político, etcétera, que ha ejercido como principal factor determinante de dicho proceso en el contexto general de la evolución reciente de la economía española en su conjunto.

Ambos autores, al tiempo que ponen de manifiesto la grave situación por la que pasan dichas comunidades sugieren una serie de posibles líneas de actuación encaminadas a la solución de sus problemas, tanto por parte del gobierno central como por la de cada uno de los respectivos gobiernos regionales (*).

1. ALGUNAS REPERCUSIONES ESPACIALES Y SECTORIALES DE LA CRISIS

LA grave situación actual de las comunidades autónomas que forman la cornisa cantábrica española no es un problema coyuntural. Por el contrario, y al igual que en el caso de otras regiones europeas de antigua industrialización en declive, es la consecuencia de un conjunto de cambios estructurales e irreversibles que se desarrollan a lo largo de la crisis económica. Por tanto, para comprender todo el alcance de la situación

actual será necesario comprender lo que significa la crisis para este tipo de regiones, ya que, con su llegada, han desaparecido muchas de las certidumbres anteriores, de manera que tanto el entorno como las características de la actividad económica serán diferentes antes y después de la misma.

La crisis actual, como todas las grandes crisis económicas, llegó después de un período de estabilidad estructural y crecimiento continuado. Se llegó a pensar que esta situación se iba a mantener indefinidamente. Pero esto era olvidar que las estructuras sociales y económicas evolucionan en el tiempo, alterándose con ello

los equilibrios existentes entre las diferentes partes del sistema. Así, desde finales de los años sesenta comenzaron a aparecer problemas en los principales países desarrollados. La evolución de la rentabilidad comenzó a ser negativa, debido a que la productividad dejó de aumentar al ritmo anterior. La causa hay que buscarla tanto en el agotamiento de los efectos positivos de las innovaciones de posguerra como en la generalización de la contestación social a las condiciones de trabajo existentes en las fábricas (mayo 68 francés, huelgas salvajes en Inglaterra, etcétera).

Los empresarios intentaron frenar el deterioro de la rentabilidad aumentando sus inversiones y los ritmos de trabajo, con el fin de mantener los incrementos permanentes de productividad. Pero, al realizarse las nuevas inversiones dentro de las anteriores normas tecnológicas, no podían ser una solución, con lo que la crisis continuó profundizándose de manera espectacular a partir de las sucesivas alzas de los precios del petróleo.

En consecuencia, las empresas más fuertes o dinámicas comenzaron a defenderse de dos maneras: aumentando su dimensión mediante procesos de absorción o fusión y, simultáneamente, buscando nuevas tecnologías que les permitieran hacer frente al deterioro de la situación. Tanto la mayor dimensión de las empresas supervivientes como la mayor productividad de las nuevas tecnologías hacen que los antiguos espacios en los que actuaban las empresas se les queden pequeños, y que busquen, por lo tanto, nuevos mercados, desvinculándose progresivamente de sus lugares de origen. La expresión más evidente de esto es el desarrollo de las empresas transnacionales.

En este proceso cambia la jerarquía existente entre las diferentes actividades productivas. Las industrias tradicionales verán disminuir su rentabilidad y, por tanto, su dinamismo. Y ello por varias razones: las industrias basadas en las nuevas tecnologías son más dinámicas; la aparición de nuevos productos y nuevos materiales hace disminuir la demanda de los antiguos; la competencia de la producción más barata importada desde las fábricas creadas en el tercer mundo por las empresas transnacionales.

En los países desarrollados, serán, por tanto, las nuevas industrias las que pasen a articular los sistemas productivos en función de sus necesidades. Pero las características de estas nuevas actividades harán que las empresas que las desarrollan se localicen en función de criterios geográficos y sociales diferentes a los que guiaban las decisiones de los sectores tradicionales. Por tanto, la tendencia espontánea del mercado consistirá en el auge de nuevos espacios (regiones o países) que reúnan esas características. Al mismo tiempo, los espacios que habían basado su crecimiento en las antiguas industrias verán cómo disminuye su dinamismo en proporción directa al peso que aquéllas tenían en su actividad productiva.

Los capitales que se habían desarrollado en base a esas industrias tradicionales tendrán un doble comportamiento. La parte de ellos que estaba inmovilizada en forma de equipo productivo será abandonada en forma de quiebra o trasladada al Estado, ya que ha dejado de ser atractiva como negocio. Y la parte que tiene forma de excedente financiero será materializada en nuevas actividades en expansión, y por tan-

to se localizará físicamente en otras regiones diferentes a las de origen. En consecuencia, los espacios en declive conocerán una extroversión progresiva de los centros de decisión que anteriormente les habían dinamizado y alrededor de los cuales se había estructurado el tejido social. Por tanto, verán cómo disminuye su capacidad para dar una respuesta endógena a la crisis.

2. CARACTERÍSTICAS DE LAS REGIONES INDUSTRIALIZADAS EN DECLIVE

En consecuencia, las repercusiones de la crisis, debido a cambios estructurales irreversibles y difíciles de combatir, han puesto en evidencia los esquemas convencionales del crecimiento económico. En lo que se refiere a los aspectos espaciales, la reacción de las regiones ha sido diferente a lo que se podía pensar hace quince años. De esta manera, las regiones con una estructura diversificada han mantenido un comportamiento comparativamente bueno. Incluso algunas regiones con una estructura rural de pequeños propietarios han conocido una incipiente industrialización.

Por el contrario, al caso de las regiones deprimidas, normalmente de base agrícola, que hasta los años setenta habían sido el objeto preferente de la política regional, se han venido a añadir ahora las regiones fuertemente industrializadas con su producción concentrada en unos pocos sectores básicos, que se han visto dramáticamente afectadas a lo largo de estos años.

Por ello, ha aparecido un nue-

vo problema para la política económica. Se trata de las regiones de antigua industrialización, hoy en declive. Es decir, las regiones que, al haber concentrado en su suelo las actividades industriales básicas del período anterior, habían conocido niveles de renta y riqueza mayores que los medios del país; y que hoy, como consecuencia de que uno de los efectos de la crisis es la decadencia de las actividades en las que estaban especializadas, se ven abocadas al declive.

En estas regiones, mientras aún se pueden mantener niveles absolutos de renta *per capita* y de producción superiores a los de sus respectivos países, la evolución en el tiempo de esas variables es más negativa que la media nacional, al tiempo que sus tasas de paro, inversión, etcétera, son similares a las de las zonas más atrasadas.

El panorama negativo de estas regiones viene determinado por todas, o la mayor parte de, las siguientes evoluciones:

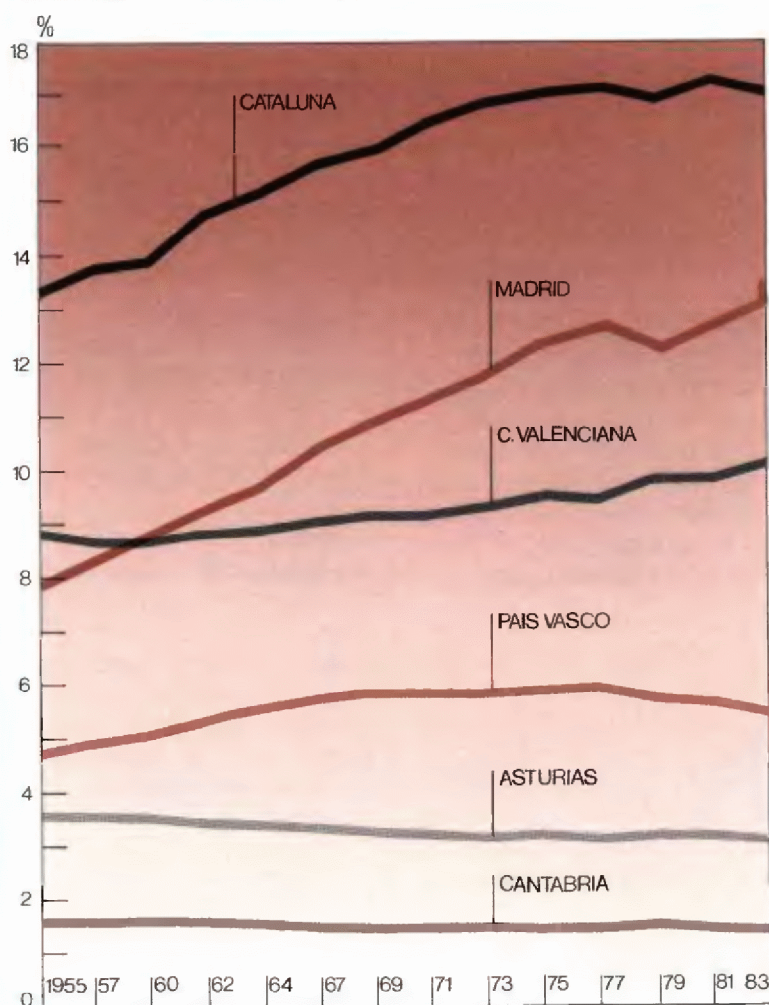
- Descenso *relativo* de los niveles de renta *per capita* y de producción respecto a las medias de cada país.

- Tasa de paro que *evoluciona* de manera más negativa que la media del país, pudiendo llegar a superar en valores absolutos la tasa de paro nacional. Y ello en regiones que antes no habían conocido este fenómeno. En consecuencia, algunas de estas regiones pueden llegar a pasar de ser receptoras de emigración a expulsar de su suelo una parte de los habitantes, generándose corrientes migratorias inversas.

- Pérdida del dinamismo económico anterior, concretada en un comportamiento de la inversión peor que el del país respec-

GRAFICO 1 EMPLEO

Porcentaje sobre el total español



Fuente: Renta Nacional de España, Banco de Bilbao, y elaboración propia.

tivo. Además, las pocas inversiones que se continúan realizando son fundamentalmente en actividades ya existentes, sin que aparezcan nuevas actividades.

- Marginación progresiva de estas regiones respecto a los nuevos ejes dinámicos de crecimiento europeos, debido a que las nuevas redes de comunicación se estructuran en función de las

demandas emergentes, y no de criterios puramente geográficos.

Esta evolución es consecuencia de la estructura socioeconómica existente, particularmente sensible a los efectos de la crisis y poco adecuada a las necesidades de las nuevas actividades en expansión. Las principales características de la misma son las siguientes:

- Concentración de la actividad económica en el sector industrial, especialmente en un número reducido de industrias básicas tradicionales, desarrolladas por unas pocas grandes empresas alrededor de las cuales se ha creado la industria auxiliar.

- Nivel de servicios relativamente elevado en lo que se refiere a las infraestructuras tradicionales, pero bajo en el desarrollo de actividades relacionadas con la producción. Destaca la poca importancia de los centros y gastos en investigación.

- Consecuencias negativas del período anterior que se plasman, normalmente, en la degradación del medio ambiente y la rigidez de los comportamientos sociales.

- Centros de decisión económicos que progresivamente se han ido desvinculando de la región, al perder ésta interés desde un punto de vista económico.

3. LAS CARACTERÍSTICAS DE LA CORNISA CANTABRICA COMO MACRO-REGION EN DECLIVE

En general, se ha tendido a considerar el espacio sobre el que se realizan los estudios y la acción regionales como aquellos delimitados por unas fronteras bien definidas, fueran éstas administrativas, socioculturales, étnicas o dadas por la tradición. Sin embargo, es interesante superar este planteamiento y abordar el análisis a partir de la definición de un espacio delimitado por la existencia de un problema dado, lo que permite tanto profundizar en la comprensión teó-

rica del problema, al superar los particularismos demasiado específicos, como poner las bases para una actuación de mayor envergadura que permita aprovecharse de economías de escala en la elaboración de proyectos comunes.

En el caso español, este intento es doblemente difícil, ya que a la falta general de elementos teóricos se unen circunstancias propias de nuestra historia. En primer lugar, la tradición centralista secular hace que todos los centros de decisión locales piensen exclusivamente en Madrid como punto de referencia a la hora de buscar un apoyo para sus actuaciones; la radialidad, en el caso español, no se refleja solamente en la infraestructura de las comunicaciones, sino también en el flujo de relaciones personales e institucionales (1). En segundo lugar, la manera en que el proceso de constitución del Estado autonómico se ha llevado a cabo ha reforzado la tendencia de los poderes regionales a acentuar sus particularismos y la búsqueda de relaciones específicas y privilegiadas con el poder central (2). Finalmente, la misma Constitución Española, en cuanto que pone serias cortapisas legales a las relaciones horizontales entre las comunidades autónomas, no facilita que, a nivel regional, se tome en consideración esta posibilidad (3).

Sin embargo, superar esta situación es especialmente importante en el caso de la cornisa cantábrica. Sus tres comunidades autónomas tienen un problema similar de declive económico que, si en el caso de Asturias y Cantabria, se arrastra desde los años sesenta, la profundidad con que se ha manifestado en el País Vasco a partir de mediados de los setenta hace que el deterioro

de su economía haya superado incluso al de las otras dos comunidades.

Como consecuencia de que los efectos de la reestructuración española se han manifestado de manera concentrada en este espacio, el conjunto de la industria cantábrica, y el de cada una de las regiones por separado, ha perdido importancia dentro del total español. Las tres comunidades conocen fenómenos de atonía inversora y de escasez de nuevas actividades empresariales, especialmente de las relacionadas con nuevos sectores y alta tecnología. Igualmente, el conjunto de la cornisa está abocado al problema de un progresivo alejamiento de los nuevos centros dinámicos del crecimiento español y, en consecuencia, de los europeos.

Parece, por tanto, que están puestas las bases para llevar a cabo, en un primer momento, un análisis de su situación que, superando las particularidades de cada una de ellas, permita definir lo que de global tiene la problemática para, en un segundo momento, analizar las posibilidades que tienen los tres gobiernos regionales para concentrar esfuerzos comunes que les permitan afrontar, con más posibilidades de éxito, la redinamización de sus economías.

En este trabajo nos limitaremos a la primera parte, y para ello, en primer lugar, intentaremos sistematizar las características básicas de la evolución reciente de la macro-región. Evidentemente, tanto por los datos disponibles (4) como porque de esta manera se responde mejor a la realidad de una historia diferenciada y a unas estructuras económicas y sociales no integradas, el análisis se realizará por la comprobación de la validez de cada

una de las hipótesis para cada una de las comunidades considerada aisladamente; todo lo más, en algunas ocasiones se ofrecerán los datos en forma agregada para el conjunto de la cornisa. Sin embargo, aún así, pensamos que el resultado es suficientemente significativo como para justificar la validez del enfoque y la operatividad del concepto de macro-región.

4. DESCENSO RELATIVO DE LOS NIVELES DE RENTA PER CAPITA Y DE PRODUCCION

Históricamente, durante la primera mitad del siglo la cornisa cantábrica fue una zona rica de España. En 1950, tanto la proporción del PIB respecto al total nacional como las tasas de crecimiento del mismo durante los años anteriores habían sido mejores que la media del país (ver cuadro n.º 1).

Sin embargo, ya la relativa dinamización que significó el desarrollo de la industrialización durante el período autárquico demostró la poca capacidad de las estructuras asturianas para permitir que su población se aprovechara de las consecuencias positivas del crecimiento económico. Esta tendencia se acentuó aún a partir de que el Plan de Estabilización fuera en España el inicio de una etapa de crecimiento industrial rápido durante los años sesenta. Así, y en lo que se refiere a la clasificación provincial por «ingresos *per capita*», Asturias pasó del puesto 9 en 1957 al 11 en 1960 y al 19 en 1973 (al igual que para los demás datos de este apartado, *Renta...*, 1983, páginas 121-122).

CUADRO N.º 1

	A Porcentaje sobre el total de la población española		B Porcentaje sobre el total del PIB español		C Incremento anual acumulativo (%)	
	1950	1983	1950	1983	a 1940-50	b 1973-83
País Vasco	3,70	5,65	7,14	6,55	16,89	17,27
Asturias	3,19	2,98	3,99	2,94	16,30	17,70
Cantabria	1,45	1,36	1,71	1,39	16,46	18,49
España	100,00	100,00	100,00	100,00	15,17	19,07

	Relación (en %) entre el porcentaje representado por el PIB y el representado por la población (B/A)		Porcentaje de la tasa de crecimiento regional respecto a la española (%)	
	1950	1983	1940-50	1973-83
País Vasco	192,97	115,93	111,34	90,56
Asturias	125,08	98,66	107,45	92,82
Cantabria	117,93	102,21	108,50	96,96
España	100,00	100,00	100,00	100,00

Para la década 1940-1950, hay una sola comunidad autónoma, Madrid, con el 17,20 por 100 de incremento anual acumulativo, que crece más rápido que las tres de la cornisa cantábrica. Para la década 1973-83, solamente Castilla-La Mancha (17,29 por 100) y Extremadura (16,98 por 100) tienen un crecimiento más bajo.
Fuente: Alvarez, R. (1986), págs. 45 y 50, y elaboración propia.

Finalmente, la situación relativa de Asturias dentro del conjunto español se estabilizó en cuanto a ingresos a partir del impacto de la crisis, mientras que se continuó degradando su posición relativa en lo que se refiere a la producción *per capita*, que pasó del puesto 12 en 1973 al 20 en 1983. Este hecho se debe entender como que, por una parte, en momentos en que se hacen más intensos los efectos de la crisis en el conjunto de España, los ingresos se mantienen gracias a los flujos financieros (fundamentalmente públicos) existentes previamente y que todavía no han agotado su efecto, ni ha dado tiempo a que se generen también hacia otras regiones en dificultad; mientras que la evolución de la producción evidencia la incapacidad estructural para generar riqueza, acentuada aún por la crisis, lo que prefigura una evolución posterior aún más negativa de los ingresos.

Intermedio es el caso de Can-

tabria. Si una flexibilidad de sus estructuras productivas algo mayor que la asturiana la permite mantener su posición relativa en «ingresos *per capita*» hasta principios de los años sesenta, posteriormente no se beneficia de las transformaciones estructurales de la economía española, al quedar al margen de las grandes corrientes del desarrollo industrial, lo que la lleva a pasar del puesto 7 en 1960 al 9 en 1967 y al 14 en 1973. La atonía de la economía cántabra durante la última década, y las perspectivas pesimistas que para el futuro implica, se manifiestan claramente al observar el foso existente entre la posición relativa en ingresos y en producción, ya que, mientras en los primeros mantiene una posición estable, en cuanto a «producción *per capita*» ha pasado del puesto 13 en 1973 al 16 en 1983.

El desarrollo económico de los años sesenta en España fue aprovechado de manera espectacular

por las industrias vascas, de manera que, con un mercado interno asegurado y en expansión, conocieron una etapa de crecimiento, tanto en los beneficios como en los salarios y en los puestos de trabajo. En consecuencia, los niveles de «ingreso *per capita*» fueron los más elevados del país, manteniéndose Vizcaya y Guipúzcoa como las primeras provincias españolas hasta mediados de los años setenta y oscilando Alava entre la tercera y la sexta.

Esta situación cambió con la crisis. El ritmo de aumento de los ingresos en las provincias vascas, consideradas conjuntamente, pasó a ser menor que el promedio español, y mucho menor que el de las zonas más dinámicas de la Península. En consecuencia, su puesto en el *ranking* iba siendo cada vez más bajo. Al mismo tiempo, la existencia de importantes capitales acumulados durante las décadas anteriores, y la puesta en marcha de los concier-

tos económicos y de las ayudas estatales a la reestructuración industrial, explican que el comportamiento en ingresos haya sido relativamente menos malo que el de la producción. Así, Vizcaya pasó en ingresos al puesto 11 en 1983, Guipúzcoa al 6 y Alava se mantenía en el 3, mientras que, en lo que se refiere a «producción *per capita*», y para la misma fecha, Vizcaya había descendido al puesto 13, Guipúzcoa al 7 y Alava había ascendido hasta el primer lugar.

Se puede observar, con las cifras anteriores, que la provincia vasca que mejor comportamiento ha mantenido durante la crisis ha sido Alava. Esto es normal, ya que, al haber tenido una industrialización más reciente y diversificada, su estructura productiva soporta mejor las consecuencias de la crisis. Esta misma razón explica que partiera de una situación relativamente peor al inicio de los años sesenta y que, desde entonces, la haya mejorado. Al mismo tiempo, el hecho de que su posición sea mejor en lo relativo a la producción que a los ingresos parece confirmar las consideraciones que al respecto venimos haciendo.

Desde la perspectiva global de

la comunidad autónoma, no se puede olvidar que la provincia que peor comportamiento ha mantenido durante la crisis es Vizcaya, que representa la mitad de la población vasca, y que tiene, por tanto, una influencia decisiva sobre el comportamiento de la economía regional. Más aún cuando el dinamismo de esta provincia había servido en gran medida como arrastre del crecimiento de las otras dos. También en este caso la explicación hay que buscarla en las características de su estructura productiva, basada en grandes empresas de sectores tradicionales que, si antes aseguraron las mayores tasas de crecimiento, ahora han sido especialmente afectadas por la crisis.

Otra conclusión significativa que se desprende de los datos disponibles es que han soportado mejor la crisis otras provincias, también industriales pero más diversificadas, como Madrid, que ha pasado del puesto 4 en «ingresos *per capita*» en 1960 al puesto 1 en 1983, y Barcelona, que ha pasado del puesto 3-4 en los sesenta al puesto 5 en 1983. Igualmente, el ascenso considerable y sostenido de Gerona, desde el puesto 12 en 1957 hasta el 4 en 1983, como un exponente

de las regiones del Mediterráneo, prueba que la nueva dirección del crecimiento económico en la Península se orienta hacia el Este.

En cualquier caso, los datos anteriores, relativos al deterioro de la situación de las regiones de la cornisa cantábrica, no son aislados, y cualquier otro de los disponibles lo ratifica, como es el caso de la renta familiar disponible *per capita* (ver *Renta...*, 1983, pág. 123), aunque aquí hay que hacer notar que Cantabria, si bien había empeorado su situación hasta 1979, la mejora ligeramente entre ese año y 1983. A su vez, Asturias mantiene en esta fase de la crisis su nivel relativo de renta después del deterioro de las dos décadas anteriores.

Los descensos en los niveles relativos de ingresos, renta y producción *per capita* en las tres regiones han estado íntimamente ligados a la disminución de la actividad productiva originada por la falta de competitividad de sus empresas. En consecuencia, el peso de la producción de las tres regiones sobre el total de la española ha ido disminuyendo progresivamente al hilo de la crisis;

CUADRO N.º 2

INCREMENTOS DE EMPLEO
(Por periodos. En porcentajes)

	1955-60	1960-73	1973-83	1955-83
España	2,78	9,55	-11,79	-0,68
Cataluña	7,34	33,42	-10,79	27,76
País Vasco	10,62	27,24	-15,96	18,30
Comunidad Valenciana	1,48	17,94	-4,99	13,72
Asturias	2,36	-3,11	-13,24	-13,96
Cantabria	6,14	-1,91	-12,34	-8,74
Madrid	16,12	46,56	-0,87	68,70

Fuente: *Renta...* y elaboración propia.

CUADRO N.º 3

INCREMENTO DEL EMPLEO EN LA INDUSTRIA
(Por periodos. En porcentaje)

	1955-60	1960-73	1973-83	1955-83
España	7,14	24,07	-19,05	7,60
Cataluña	8,70	38,70	-24,17	14,33
Pais Vasco	13,43	39,36	-27,80	14,14
Comunidad Valenciana	4,20	61,27	-10,75	49,97
Asturias	4,26	-13,27	-15,15	-23,27
Cantabria	6,35	-4,61	-18,43	-17,25
Madrid	22,18	32,36	-13,92	39,20

Fuente: Renta... y elaboración propia.

en el caso vasco, tras haber crecido ininterrumpidamente durante los años anteriores. El resultado es que el peso en el PIB español de la cornisa cantábrica era ya en 1983 más bajo que lo que había sido en 1950 (ver cuadro n.º 1).

Lo que resulta preocupante del conjunto del proceso es que este descenso no se debe a un crecimiento más equilibrado de la economía española que, al permitir el desarrollo de las regiones más pobres, hubiera disminuido su distancia respecto a las más ricas como consecuencia de su mejora. Por el contrario, el origen se encuentra fundamentalmente en un deterioro de las regiones analizadas aún más rápido que el de la media española, lo que no es sino la evidencia de una acentuación de los problemas regionales.

5. TASA DE PARO, EMIGRACIONES Y CREACION DE EMPLEO

En las décadas que van desde el final de la guerra civil hasta mediados de los años setenta, y

al igual que en el resto de España, las regiones de la cornisa cantábrica conocieron tasas de paro muy bajas, de manera que se puede decir que éste era un problema inexistente en las mismas.

Ahora bien, esta aparente igualdad entre las tres regiones oculta, de hecho, una diferencia sustancial. El rápido crecimiento de la economía vasca hasta los años setenta, y la consiguiente demanda de mano de obra por parte de las empresas, explica que el paro fuera un fenómeno desconocido en la región. No sólo eso, sino que las expectativas mucho más favorables que ofrecía la economía vasca respecto a las otras regiones españolas hizo que se convirtiera en receptora de un importante flujo migratorio, proveniente de las zonas más deprimidas de la Península. Dicho de otra manera, durante aquellos años la situación en la Comunidad Autónoma del País Vasco se explicaba fundamentalmente por su capacidad para generar nuevos empleos, notablemente superior a la media española (ver cuadro n.º 2),

No es ese el caso de las otras dos regiones, que presentan, en

cuanto al empleo, un comportamiento notablemente similar al comentado anteriormente respecto a la capacidad de generar renta y producción.

Así, Asturias tuvo un crecimiento positivo, pero más bajo que la media española, durante la década de los cincuenta, para pasar al estancamiento e incluso disminución del mismo durante la década de los sesenta. A su vez, Cantabria, que en los años cincuenta creció por encima del promedio nacional, ve cambiar la tendencia en los años sesenta, durante los que el empleo tiene una lenta pero evidente tendencia a la disminución. El resultado es que para el período 1960-73, en el que la economía española aumentó el empleo en un 9,55 por 100, ambas regiones tuvieron una disminución del mismo: Asturias, -3,11 por 100, y Cantabria, -1,91 por 100) (ver cuadro número 2).

La razón de que, a pesar de esta evolución del empleo, no llegara a existir el paro en estas dos regiones se debe buscar, al igual que en otras regiones poco dinámicas de la geografía española de la época, en el recurso a la emigración al que se vieron obli-

CUADRO N.º 4

INCREMENTO DE EMPLEO EN SERVICIOS
(Por periodos. En porcentaje)

	1955-60	1960-73	1973-83	1955-83
España	14,50	46,13	14,60	91,74
Cataluña	12,81	44,93	16,41	90,31
País Vasco	11,59	40,93	6,10	66,86
Comunidad Valenciana	21,14	54,90	21,41	127,83
Asturias	17,63	28,16	17,67	77,39
Cantabria	12,90	12,13	21,30	53,57
Madrid	15,75	66,78	14,61	121,25

Fuente: Renta... y elaboración propia.

gados sus habitantes (ver Alvarez, 1986, pág. 47). De esta manera, al disminuir la presión sobre el mercado laboral, gracias a las oportunidades que existían en otros lugares de España o de Europa, la rigidez en la oferta de puestos de trabajo pudo ir acompañada de la inexistencia de paro.

El reflejo lógico, y la mejor comprobación de las diferentes presiones que las regiones sufren en sus respectivos mercados laborales a lo largo del período, nos lo da la evolución del porcentaje que su población representa sobre el total de la española (ver cuadro n.º 1), que es un buen indicador del empobrecimiento en capital humano que debieron sufrir Asturias y Cantabria.

Esta situación cambió radicalmente con el deterioro originado por la crisis. En el caso del País Vasco, el paro creció vertiginosamente desde mediados de los años setenta, hasta llegar a ser en la actualidad más alto que la media española y haberse convertido en un problema social de dramáticas dimensiones (ver cuadro n.º 5).

Aunque las cifras son ya eloquentes por sí mismas, se deben

tener en cuenta algunas consideraciones que proporcionan una dimensión aún más preocupante al fenómeno.

En primer lugar, en la economía vasca, el sector agrícola tenía ya en los años setenta una dimensión reducida (ver cuadro número 6), de manera que, durante la crisis, el campo no ha generado un porcentaje apreciable de parados. En el caso español, el proceso de modernización de la agricultura ha continuado durante la última década, de manera que, aunque a un ritmo menor que en los años anteriores, el conjunto de la economía ha debido continuar absorbiendo un contingente considerable de mano de obra proveniente del sector primario.

En segundo lugar, la economía española en su conjunto ha dejado de poder contar con el colchón que, respecto al paro, significaba la emigración a Europa. Por el contrario, ha tenido que absorber a los emigrantes que han sido rechazados durante la crisis desde los países del Mercado Común. No es éste el caso de la economía vasca, que, por el contrario, ha pasado de ser una zona receptora de emigración a ser, en los años ochenta,

una región con flujos migratorios negativos, debido a las bajas oportunidades de encontrar empleo que ofrece.

En tercer lugar, tanto la economía vasca (48,87 por 100 en 1985) como la española (47,32 por 100) tienen un porcentaje de población activa sobre la población total mucho más bajo que la media europea (v. gr. 60,6 por 100 en Italia y 72,7 por 100 en el Reino Unido. Vid. *Ekonomiaz*, número 1). Esto quiere decir que en España y en el País Vasco hay muchas menos personas en edad de trabajar que buscan trabajo. Por tanto, si las tasas de actividad de la Península fueran similares a las de otros países europeos, la tasa de paro aumentaría notablemente, aproximadamente del 24,6 por 100 actual al 33,21 por 100 en el caso del País Vasco. Esta situación, si estadísticamente es confortable, es indicativa tanto del retraso económico como de la incapacidad de una economía para ofrecer perspectivas atractivas que motiven a los desocupados para buscar un trabajo.

Aunque algunas de las consideraciones anteriores son igualmente válidas para ellas (v. gr.: la baja tasa de población activa com-

parada con la europea), sin embargo la evolución del paro a partir de 1973 ha sido muy diferente tanto en Cantabria como en Asturias (ver cuadro n.º 5), y la tasa de ambas regiones era todavía en 1986 notablemente inferior a la media española.

Aparte de la menor presión que significa la evolución demográfica y migratoria a la que hemos hecho referencia anteriormente, hay una razón fundamental que explica esto: en ambas regiones ha sido frecuente la existencia del «obrero mixto» que compaginaba las tareas de la fábrica con las del campo, de manera que en el momento en que el empleo industrial se hacía más precario la salida no era el paro, sino la dedicación exclusiva a la agricultura. La estructura de la propiedad, basada en minifundios explotados familiarmente, explica que, aunque el nivel de subempleo agrícola sea elevado, el paro en el sector primario sea muy bajo (5). De hecho, nos parece significativo que en ambas regiones, mientras en 1960 la población activa en el sector primario representaba un porcentaje inferior a la media española, para 1983 el porcentaje era mayor, lo que de otra manera parecería un

contrasentido en zonas cuya especialización industrial es elevada.

En el caso asturiano se debe tener en cuenta también el particular comportamiento de la empresa pública, de tanto peso en la región, y que ha amortiguado considerablemente el impacto laboral de la crisis, tanto manteniendo una plantilla sobredimensionada como procediendo sistemáticamente a una política generosa de jubilaciones anticipadas (6).

Ahora bien, ¿se puede pensar, a partir de los datos expuestos, que el comportamiento de las variables relacionadas con el empleo es radicalmente diferente en las tres regiones? En absoluto, ya que, haciendo abstracción del mayor colchón que en el futuro seguirá representando la agricultura en Asturias y Cantabria, la evolución tendencial en la crisis tiende precisamente a aproximarlas.

En primer lugar, a medida que pasa el tiempo, el diferencial entre las tasas de paro asturianas y cántabras tiende a aproximarse a la tasa española (7), lo que implica (al igual que, de forma más dramática, ha pasado en el País

Vasco) que, a medida que se profundiza la crisis, el comportamiento empieza a ser peor en estas regiones que en la media española. Al respecto, parece significativo de esta tendencia que en los tres últimos años el incremento de la tasa de paro sea precisamente más rápido en Asturias y en Cantabria que en el conjunto de la economía española. Por su parte, el País Vasco, afectado mucho más profundamente en los años anteriores, continúa el deterioro a un ritmo similar, mientras que Cataluña, Madrid y Valencia tienen una tendencia notablemente menos negativa que la media española (ver cuadro n.º 5) (8).

Esta evolución es consecuencia de un mismo comportamiento para las tres comunidades de la cornisa cantábrica en lo que se refiere a la evolución del empleo, que en todas ellas se ha destruido desde 1973 a una velocidad mayor que la media española. Por el contrario, en las otras tres regiones industriales a las que nos venimos refiriendo, la velocidad de destrucción del empleo es más lenta que la española (ver cuadro n.º 2).

El resultado no puede ser más

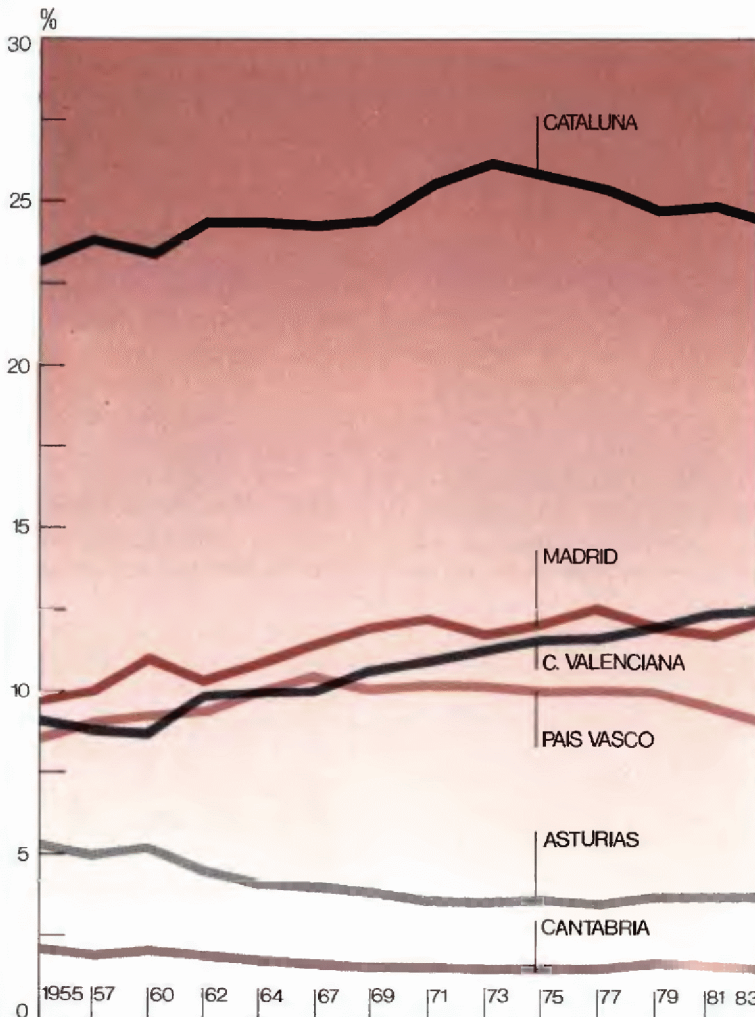
CUADRO N.º 5

TASA DE PARO
(En porcentaje)

	1950	1973	1983	1986	1986/1983
Pais Vasco	0,16	1,00	20,00	24,6	123,00
Asturias	0,21	2,40	13,50	18,9	137,77
Cantabria	0,26	2,30	12,20	17,9	146,72
Madrid	5,98	3,40	17,60	20,5	116,48
Cataluña	0,82	1,50	19,30	21,6	111,91
Valencia	1,12	2,50	17,00	19,8	116,47
España	1,62	2,70	17,30	21,5	124,27

Fuente: Alvarez (1986), pag. 50 para 1950, 1973 y 1983; CEE (1987), pag. 175, para 1986, y elaboración propia.

GRAFICO 2
EMPLEO INDUSTRIAL
Porcentaje sobre el total español



Fuente: *Renta...* y elaboración propia.

elocuyente, ya que el número de empleos existentes en cada una de las regiones, en el año 1983, era el mismo que el del año que se indica a continuación (*Renta...*):

País Vasco: 1962.
Asturias: < 1955.
Cantabria: < 1955.
Madrid: 1973.
Cataluña: 1967.

Valencia: 1969.
España: < 1955.

Si analizamos de manera más desagregada el comportamiento del empleo, encontramos algunas razones estructurales que explican este comportamiento (cuadros n.ºs 3 y 4; gráficos 2 y 3). Así, mientras vemos que, entre 1973 y 1983, tanto el País Vasco como Cataluña han sido más

afectadas que la media nacional en la pérdida de empleos industriales (aunque más aquélla que ésta), sin embargo el crecimiento del empleo en el sector servicios ha sido mayor en Cataluña que en España, mientras que el del País Vasco ha sido más bajo.

A su vez, Asturias y Cantabria, que han visto crecer durante el período el empleo en servicios en un porcentaje respectivamente similar al de Valencia y Madrid, sin embargo han visto cómo el empleo industrial disminuía de manera más acusada. Además, la evolución de estos años se superponía a un crecimiento negativo del empleo industrial en la década anterior, y a un crecimiento mucho más lento que el de la media española en el sector servicios, precisamente durante los años (1960-73) en que en la economía española se crearon gran número de empleos en ese sector.

El resultado final es el siguiente: para el conjunto del período 1955-83, y a pesar del impacto de la crisis durante la última década, en la economía española se crearon empleos, sobre todo en el sector servicios (incremento del 91,74 por 100 para el período), mientras que el empleo en el sector industrial creció en un débil porcentaje, incluso durante el período de más rápida expansión. En lo que se refiere a las regiones que venimos analizando, el empleo en Valencia y Madrid creció notablemente por encima de la media, tanto en industrias como en servicios. En Cataluña creció más que la media el empleo industrial, y aproximadamente lo mismo que en el conjunto de la economía española el empleo en servicios.

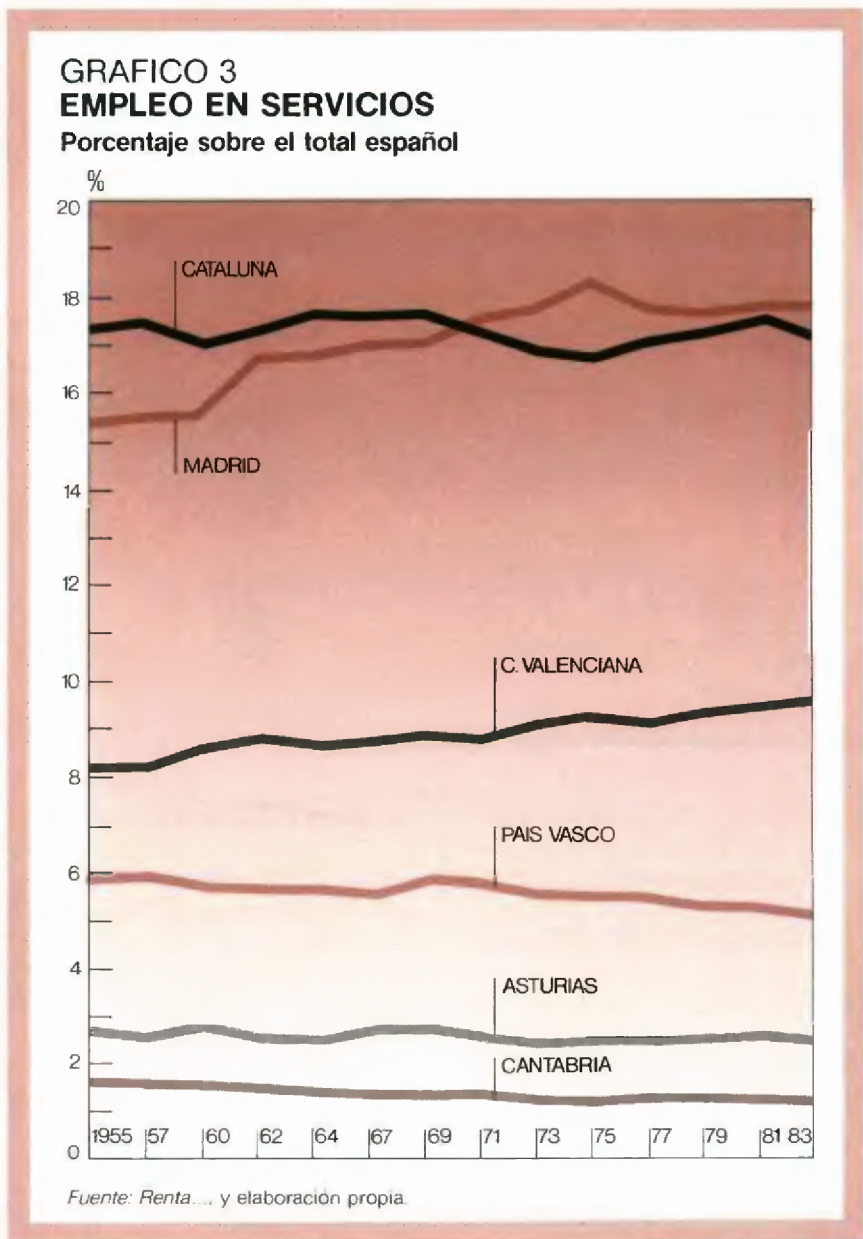
En el caso del País Vasco, creció más que la media el empleo

en el sector industrial, pero en el sector servicios lo hizo por debajo de la media de manera significativa. En el caso de Asturias y de Cantabria, lo hicieron por debajo de la media tanto los servicios como la industria, con el agravante de que en este sector el crecimiento fue negativo. La única nota de optimismo la representa el crecimiento superior a la media española del empleo en servicios en estas dos regiones para el último periodo considerado (1973-83), pero esta apreciación debe ser matizada por el hecho de que se partía de un nivel muy bajo, como consecuencia del poco crecimiento que se había tenido en los años sesenta.

De hecho, y a pesar de este crecimiento más rápido, solamente se había conseguido que el porcentaje del empleo en el sector servicios en Cantabria, respecto al total español, fuera en el año 1983 ligeramente superior que en 1973, sin que con eso se llegara a compensar la ininterrumpida caída habida desde 1955 hasta entonces.

En Asturias pasa lo mismo, y el porcentaje de 1983 equivale al de 1971, y es más bajo que el de todos los años anteriores. En el caso del País Vasco, el peso que su empleo en el sector servicios representa sobre el total español es el más bajo desde 1955.

Las consideraciones anteriores cobran su significado cuando se recuerda el gran número de analistas que coinciden en señalar que el sector servicios será el más dinámico para la próxima década en lo que se refiere a la creación de empleo, y que lo ha sido ya para los últimos años. Por tanto, el problema que se detecta a partir de los datos anteriores es que las comunidades autónomas



de la cornisa cantábrica no sólo han sufrido el impacto negativo de la crisis sobre sus industrias, sino que han demostrado muy poca capacidad para promocionar actividades en los sectores en expansión. Esto es lo que las diferencia de una región como Cataluña, que si bien ha sufrido también de manera notable la crisis industrial, sin embargo ha mantenido un dinamismo acep-

table en la creación de nuevas actividades, como queda reflejado por la evolución del empleo en los servicios. De ahí que podamos adelantar ya que el declive no significa tanto la pérdida de actividades como la incapacidad para sustituirlas por otras nuevas.

Una consecuencia de la situación descrita, en lo que se refiere a la incapacidad para ofrecer nue-

CUADRO N.º 6

	PORCENTAJE DEL SECTOR PRIMARIO SOBRE EL TOTAL DE LA POBLACION ACTIVA		PORCENTAJE DEL PIB DEL SECTOR PRIMARIO SOBRE EL TOTAL DEL PIB REGIONAL	
	(A)	(B)	(C)	(D)
	1960	1983	1960	1983
Pais Vasco	15,97	5,64	9,15	2,98
Asturias	34,46	19,84	14,76	5,16
Cantabria	38,57	22,72	16,96	7,12
España	41,62	15,44	22,65	6,48

	RELACION ENTRE EL PORCENTAJE DE LA POBLACION Y EL DEL PIB		RELACION ENTRE EL VALOR DE 1960 Y EL DE 1983
	(E = A/C)	(F = B/D)	(G = F/E)
	1960	1983	
Pais Vasco	174,54	189,26	108,43
Asturias	233,47	384,50	164,69
Cantabria	227,42	319,10	140,31
España	183,75	238,27	129,67

Fuente: Alvarez (1986), págs. 49 y 56, y elaboración propia.

vos empleos, es que en las tres comunidades el impacto del paro ha sido especialmente alto entre aquellas capas de la población que se incorporan al mercado laboral en búsqueda de su primer puesto de trabajo (9). La falta de oportunidades de empleo se refleja también en que la situación de parado se convierte en crónica (10).

Como esta tendencia va a continuar en un futuro inmediato, se puede prever que el paro va a seguir aumentando. A corto plazo, se mantendrá el desfase entre las necesidades de nuevos puestos y las posibilidades de una economía que ofrece cada vez menos trabajo a esa creciente población, ya que no sólo no se crean nuevos puestos en cantidad suficiente, sino que incluso se pierden los existentes (11).

La negativa evolución del conjunto de la cornisa cantábrica, en lo que se refiere al empleo, se

puede apreciar más claramente si se compara la evolución del porcentaje que, sobre el empleo total español, representa el de las tres regiones con el representado por las otras tres comunidades que se afirman como los ejes del crecimiento peninsular (Cataluña, Madrid y Comunidad Valenciana). De esa manera, se puede comprobar que estas últimas aumentan su participación al mantener un comportamiento notablemente mejor que la media española (Madrid y Comunidad Valenciana) o, al menos, similar, a pesar de contar con una importante estructura industrial (Cataluña). Mientras tanto, las tres regiones cantábricas han perdido importancia desde el inicio de la crisis, con un breve período de estabilidad en el caso de Asturias y Cantabria, que no llega a compensar el declive anterior desde los años sesenta (ver gráfico 1) (12).

6. PERDIDA DE DINAMISMO ECONOMICO. COMPORTAMIENTO DE LA INVERSION Y DE LA PRODUCTIVIDAD

La disminución del nivel relativo de renta y el aumento del paro son una consecuencia directa de la pérdida de dinamismo de la economía. Lo inadecuado de la estructura productiva para soportar las consecuencias de la crisis, y la falta de preparación de los empresarios para abordar las necesidades de un mercado que se hizo más duro y competitivo (13), explican la atonía de la inversión. Sin inversión no aumenta la productividad, disminuye la competitividad de las empresas y, al no crearse nuevos puestos de trabajo, aumenta el paro.

La atonía de la actividad inver-

sora se comprueba al observar la progresiva pérdida de la importancia representada por las inversiones de la Cornisa dentro del total de las españolas (ver cuadro n.º 7). Se puede observar cómo, a pesar del carácter errático que tiene la inversión para cada uno de los años y regiones considerados aisladamente (ver Giraldez, 1986, pág. 98), sin embargo se perfila una tendencia clara en el sentido de que la cornisa cantábrica (de manera acusada para el País Vasco) ha mantenido un comportamiento inversor menos dinámico que el de las otras regiones industriales.

Más dramática parece aún la situación si se tiene en cuenta solamente la parte de la inversión que va destinada a la creación de nuevas actividades.

La conclusión parece clara: mientras disminuye en general el esfuerzo inversor, la inversión que aún se sigue llevando a cabo se realiza fundamentalmente en la mejora y adaptación de las actividades ya existentes, mientras que el atractivo de la macroregión para la localización de nuevas inversiones ha disminuido drásticamente.

Incluso concentrada en inver-

siones de reposición, en el caso del País Vasco, el nivel en el período 1981-1983 es tan bajo que, deducidas las inversiones del sector energético, las del resto de la industria ni siquiera llegan a cubrir las amortizaciones. «Este bajo nivel mantiene intacto un aparato productivo en buena medida obsoleto e impide un mayor dinamismo económico y una mayor generación de renta» (Unzurrunzaga, 1986, pág. 16). Para hacerse una idea del cambio de comportamiento tras el impacto de la crisis, baste decir que, con criterios idénticos de análisis, la tasa de inversión, que se elevaba hasta el 33 por 100 en 1972, había descendido hasta el 7,1 por 100 en 1981 y hasta el 8,2 por 100 en 1983 (Unzurrunzaga, 1986, página 24).

De todas formas, se sabe que las estadísticas españolas son poco fiables, lo que se acentúa en el caso de la inversión. Sin embargo, la tendencia detectada puede ser confirmada por otros indicadores indirectos de la evolución en el tiempo de esta variable. En ese sentido, las series disponibles de la amortización realizada en cada una de las regiones consideradas confirma, en lo esencial, la tendencia que ve-

nimos describiendo (ver cuadro n.º 8). A pesar de los retrasos temporales y alteraciones puntuales que pueda haber entre la evolución de esta variable y la tendencia de la inversión, el resultado parece suficientemente claro.

Comparándola con la evolución de la economía española, la economía asturiana perdió su dinamismo inversor desde principios de los años sesenta y, tras estabilizarse a un nivel más bajo desde mediados de los sesenta, el impacto de la crisis origina un nuevo descenso, esta vez de proporciones relativas menores. Por su parte, la economía cántabra se mantiene a un mismo nivel hasta mediados de los sesenta, momento a partir del cual va perdiendo terreno respecto a la española de manera continua, hasta que se estabiliza desde finales de los años setenta. Finalmente, la economía vasca mantiene, con ligeras oscilaciones, sus niveles inversores hasta mediados de los años setenta, momento en que, a partir de que recibe el impacto de la crisis, los ve disminuir, más rápidamente a medida que pasa el tiempo.

En lo que se refiere a las regiones que estamos tomando co-

CUADRO N.º 7

DISTRIBUCION REGIONAL DE LAS INVERSIONES

	TOTALES (%)				
	1975	1979	1981	1982	1983
Cornisa Cantábrica	20,83	20,61	8,45	7,04	6,04
	EN NUEVAS INDUSTRIAS (%)				
	1975	1979	1981	1982	1983
Cornisa Cantábrica	9,93	7,77	7,38	3,49	3,82

Fuente: Giraldez (1986), págs. 97-98, y elaboración propia.

CUADRO N.º 8

**AMORTIZACIONES SOBRE EL TOTAL ESPAÑOL
(En porcentaje)**

REGION	1955	1957	1960	1962	1964	1967	1969
Cataluña	19,73	20,15	21,25	22,47	22,35	20,62	21,64
País Vasco	9,85	9,72	9,18	8,80	9,41	10,41	9,42
Comunidad Valenciana	7,32	7,12	7,73	7,63	7,47	7,99	8,87
Asturias	4,64	4,62	4,69	4,14	3,78	3,78	3,65
Cantabria	1,94	1,87	2,12	2,03	1,87	1,98	1,87
Madrid	9,29	10,33	10,87	11,95	12,59	11,31	12,05
Cataluña + Madrid + C. Valenciana	36,33	37,59	39,85	42,05	42,41	39,93	42,57
Cornisa Cantábrica	16,43	16,21	16,00	14,97	15,06	16,17	14,93
REGION	1971	1973	1975	1977	1979	1981	1983
Cataluña	21,58	20,63	22,43	21,51	20,24	20,30	20,41
País Vasco	9,15	8,88	9,24	8,56	8,44	8,40	6,89
Comunidad Valenciana	8,54	8,71	9,39	9,25	9,32	8,98	9,28
Asturias	3,75	4,49	3,51	3,28	3,35	3,35	3,61
Cantabria	1,69	1,65	1,42	1,36	1,42	1,40	1,39
Madrid	12,30	13,48	16,33	16,16	15,54	15,80	15,58
Cataluña + Madrid + C. Valenciana	42,41	42,82	48,15	46,93	45,10	45,08	45,27
Cornisa Cantábrica	14,58	15,02	14,17	13,19	13,21	13,15	11,89

Fuente: Renta... y elaboración propia.

mo puntos de referencia, parece claro que tanto Madrid como Valencia han visto aumentar su importancia de manera notable, manteniéndose ambas sin pérdidas apreciables a lo largo de la crisis. Más complejo es el caso catalán, donde parece reflejarse una fuerte oscilación coyuntural, dentro de una tendencia a la estabilidad que dura desde 1960 hasta principios de los años setenta. La crisis influye de manera acusadamente negativa durante los primeros años, para, aparentemente, remitir más tarde e iniciarse una ligera recuperación en los años ochenta.

En cualquier caso, lo que parece claro, considerando la agregación por bloques, es la creciente distancia que la crisis ha introducido entre las regiones industriales que, por su diversifi-

cación, han conseguido mantener un comportamiento relativamente bueno dentro del mal comportamiento global de la economía española y aquellas otras, como las de la cornisa cantábrica, donde el impacto sobre sus industrias ha hecho que la evolución sea peor que la tendencia del conjunto de la economía española. El resultado es que, mientras en 1973 las amortizaciones realizadas en Cataluña, Madrid y Valencia representaban el 42,82 por 100 y las de la cornisa cantábrica el 15,02 por 100, para 1983 los porcentajes respectivos eran del 45,27 y 11,89 por 100.

En esta situación, la mortalidad empresarial ha sido muy elevada. Por tanto, se puede comprender que para el País Vasco, y en lo relativo a la disminución del empleo, el descenso más pronun-

ciado haya sido el de los «no asalariados». En la industria, este colectivo se redujo entre 1984 y 1985 en un 14,6 por 100 (*Presupuestos...*, 1986, pág. 93).

Disminución de la inversión y desaparición de los empresarios: la consecuencia lógica ha sido, como indicamos anteriormente, una fuerte caída de la productividad y de la capacidad de generar empleo.

7. MARGINACION PROGRESIVA DE LOS EJES DINAMICOS DE CRECIMIENTO ESPAÑOLES Y EUROPEOS

La tendencia espacial del crecimiento económico ha cambia-

do como consecuencia de la crisis. El tipo de características buscado por las nuevas industrias dinámicas es diferente al de las antiguas, de manera que lo que hasta 1970 fueron ventajas de las antiguas zonas industriales, ahora se han convertido en desventajas. De esta manera, en el caso español, la cornisa cantábrica ve disminuir su atractivo.

«Las nuevas actividades parecen buscar la brisa del Mediterráneo» (Giráldez, 1986, pág. 77). Eso pasa en los sectores convencionales, como la química, que se desplazan desde las áreas tradicionales hacia el arco mediterráneo, y en los sectores de nuevo tipo, como la fabricación de material electrónico, que se concentran en Madrid y Cataluña, pero también en Andalucía y la Comunidad Valenciana.

Estamos asistiendo a un gigantesco proceso de recentraje de la actividad económica, en el que España no hace más que confirmar un proceso general a escala del continente europeo. Las regiones en declive industrial van siendo sustituidas progresivamente como polos de crecimiento por otras regiones, dotadas bien de una estructura productiva diversificada y presencia importante de los servicios productivos, o bien de una estructura agraria de pequeña propiedad, competitiva y fuertemente orientada hacia el mercado (incluso de exportación). De esta manera, lo que era el triángulo que conformó el crecimiento industrial español hasta los años setenta (Madrid-Bilbao-Barcelona) se va viendo progresivamente sustituido por uno nuevo (Madrid-Zaragoza-Cataluña-Comunidad Valenciana), quizás con la incorporación en el futuro de Andalucía, o al menos de algunas de sus zonas.

Un problema suplementario que origina esta evolución es el hecho de que las redes de comunicación se van estableciendo, en cada caso, en función de las necesidades de las áreas más dinámicas. Y si se consolida, éste es un proceso contra el que, a medio plazo, son inútiles las tentativas que puedan hacer los poderes públicos para contrarrestarlo, como lo demuestra la vertebración de la red de comunicaciones española durante los años sesenta.

De ahí la importancia que tiene conseguir la redinamización de la economía de las comunidades de la Cornisa antes de que los grandes proyectos de infraestructura se acaben de realizar, pues a partir de ese momento la suerte ya estará jugada en gran medida. Efectivamente, si en un primer momento las estructuras se crean porque existe una mayor demanda, una vez creadas se convierten en un factor suplementario que consolida las ventajas comparativas de esas zonas y contribuye a hacer mayores las desventajas de las zonas mal comunicadas.

Recordemos simplemente que se anunció hace poco la creación de la primera red española de comunicación por fibras ópticas, que debe unir, para 1992, Barcelona, Sevilla y Madrid. Este proyecto satisface simultáneamente las necesidades de tres centros económicos dinámicos, al mismo tiempo que se justifica por las necesidades de la Olimpiada y de la Exposición que se realizará en Sevilla en relación con el aniversario del descubrimiento de América. Mientras tanto, en el Norte de España no surge ningún proyecto de futuro con la suficiente entidad como para estimular la imaginación colectiva y ser factor de dinamización social y cultural.

Parece, por tanto, que, al menos en este campo, están puestas las bases para una acción común destinada a acumular los esfuerzos de las tres regiones dirigidos a crear un polo con suficiente capacidad de atracción como para estructurar nuevas redes de comunicación a su alrededor, intento para el que ninguna de ellas tiene peso económico ni político suficiente como para conseguirlo aisladamente.

Además, la región francesa fronteriza es también una región con un bajo nivel de dinamismo económico. En ella no se ha desarrollado un tejido industrial a partir de las implantaciones de algunas empresas públicas de punta ni han llegado a penetrar las actividades innovadoras del cercano polo de Toulouse, mucho más vinculado con el Mediterráneo y el Norte de Europa que con el Sudoeste francés. Por tanto, la cornisa cantábrica está aislada del dinamismo europeo por la zona que a veces se ha llamado el «desierto industrial aquitano».

Esta situación permitirá sentar igualmente las bases de una acción común cornisa cantábrica-Aquitania, dirigida a conseguir vincularse a los ejes de crecimiento jugando con las posibles complementariedades entre las dos zonas, así como con la mayor capacidad de negociación que una agrupación de estas características tendría frente a los diferentes interlocutores, y especialmente las autoridades comunitarias, particularmente sensibles a los proyectos suprarregionales y supranacionales.

VIOLENCIA Y CRECIMIENTO ECONOMICO

La inversión busca obtener beneficios. Para ello necesita tener una cierta garantía de que las actividades productivas se van a realizar en un marco de tranquilidad y seguridad que les permita mantener el valor de la inversión, junto a unas razonables perspectivas de rentabilidad.

Violencia e inversión

Parece claro que la actual situación de la Comunidad Autónoma del País Vasco no es la más idónea para que se cumplan las condiciones necesarias para estimular la actividad inversora. En todos los estudios realizados sobre las motivaciones de las empresas multinacionales para instalarse en una determinada zona, la estabilidad política y la seguridad personal aparecen como el primer elemento para tomar una decisión, determinante hasta el punto de que su ausencia basta para descartar la zona como elegible. Y se debe tener en cuenta que el País Vasco aparece clasificado para todos los inversores potenciales como zona de alto riesgo. En esta situación, es fácil comprender por qué muchas personas que han acumulado su capital en el País Vasco lo invierten ahora fuera de esta comunidad autónoma, así como que no acudan los inversores extranjeros.

De hecho, aunque la estructura sectorial de la economía vasca no sea la más adecuada para atraer en estos momentos nuevas inversiones, este dato no bastaría por sí solo para explicar el espectacular descenso de las inversiones extranjeras en la comunidad autónoma vasca justo cuando, desde finales de los años setenta, han crecido, de forma ininterrumpida y a un ritmo espectacular, en el conjunto de España. Así, mientras la inversión extranjera en el País Vasco representó entre 1960 y 1974 más del 7,5 por 100 del total de la inversión extranjera en España, ese porcentaje descendió hasta el 4,5 por 100 en la segunda mitad de los años setenta y al 3,3 por 100 en los años ochenta. Además, esa inversión se centró casi exclusivamente en la adquisición de empresas existentes, ya que es prácticamente nula (0,3 por 100) la presencia de las nuevas empresas vascas entre el

total de las de mayoría de capital extranjero de nueva creación (Rodríguez, 1986, pág. 100).

Repercusiones de la violencia sobre las actividades sociales necesarias para el desarrollo económico

De todas formas, el efecto disuasor que sobre las nuevas inversiones tiene la violencia es suficientemente conocido. Lo que se ha comentado menos es el efecto secundario que tiene en cuanto que contribuye a distorsionar los comportamientos sociales. En primer lugar, en un momento en que el mayor problema nacional es la apuesta vital que tiene el País Vasco respecto a su supervivencia como comunidad económicamente dinámica, la vida política y ciudadana vasca gira permanentemente alrededor de otros problemas, de manera que el futuro económico no es una preocupación central de la actividad colectiva. De esta manera se dificulta, de modo decisivo, la posibilidad de canalizar las energías necesarias hacia las transformaciones económicas imprescindibles.

En segundo lugar, la violencia instaura un clima de tensión y crispación sociales dominadas por el sectarismo, de manera que, en una sociedad así, el hecho de discrepar se convierte automáticamente en generador de enemistades. Rompiendo con ello una tradición secular de tolerancia, la diferencia es inmediatamente motivo suficiente para el ataque descalificador, y las discusiones no se resuelven por el consenso, sino por la ruptura y el fraccionamiento. Se puede comprender fácilmente que éste no es el ambiente de tranquilidad en el cual los ciudadanos puedan pensar en nuevas iniciativas económicas, ni el clima de tolerancia que estimule al innovador a arriesgarse a poner en práctica nuevas ideas.

Sería falso decir que la violencia está en el origen de la crisis o que es la única razón de que se prolongue. En el análisis que estamos realizando se puede observar cómo hay razones estrictamente económicas para explicar esta situación. Pero la violencia política es un factor que hace que la situación se agrave, y que además impide que aparezca cualquier expectativa de cambio y mejora.

8. LA CORNISA CANTABRICA, LA DEFINICION COMUNITARIA DE REGION EN DECLIVE Y EL INDICE SINTETICO DE LA CEE

La Comunidad Económica, en su *Tercer Informe Periódico* sobre las regiones, califica a una región como zona industrial en declive cuando se combinan en ella dos factores: una tasa de industrialización y una tasa de paro superiores a la media comunitaria (CEE, 1987, págs. 39 y 40). A ellas se añaden las regiones que, sin entrar en esa definición, han disfrutado de la ayuda del FEDER debido a la importancia de sus problemas sectoriales. El resultado de esa clasificación en el caso español es que las regiones así consideradas son País Vasco, Asturias, Cataluña y Comunidad Valenciana.

En cuanto al índice sintético, que pretende reflejar la situación relativa de las diferentes regiones en el seno de la Comunidad, se calcula en base a las tasas de paro, el crecimiento previsto de la fuerza de trabajo y los niveles de PIB por habitante y persona ocupada (CEE, 1987, pág. 61). El resultado en el caso español, y para una media de la CEE igual a 100, es el siguiente:

Valencia: 54,6.
Cataluña: 57,7.
País Vasco: 58,3.
Asturias: 58,4.
Cantabria: 59,7.
Madrid: 59,8.

A nuestro entender, tanto la definición como la confección del índice arrastran un problema común que, al menos en el caso español, les hace falsear de ma-

nera apreciable la percepción de la realidad.

Las definiciones y conceptos comunitarios se basan todos ellos, con la excepción de la proyección de los mercados de trabajo, en datos estáticos, de manera que el resultado que reflejan sólo puede ser una fotografía de la situación y nunca una película de su evolución (14). Y esto tiene particular importancia cuando se trata de aprehender conceptos dinámicos como es el del declive, donde, si se quiere realizar una política eficaz, es imprescindible poder detectarlo cuando sus efectos no han llegado todavía a ser irreversibles. Igualmente, otro criterio de eficacia de la política regional es la capacidad de discriminar en sus actuaciones, de manera que, sin dejarse equivocar por posibles similitudes estadísticas, se puedan aplicar los instrumentos adecuados para cada realidad en función de sus características estructurales (15).

Dejando aparte el problema general de que la necesidad de remitirse siempre a las medias nacionales falsea de tal manera la política regional comunitaria que la impide existir de hecho como tal, en el caso español estas definiciones dan lugar a paradojas evidentes, al menos en el caso de las regiones en declive.

En primer lugar, el hecho de que Cantabria no sea considerada como tal sólo se puede entender por el conjunto de observaciones que venimos realizando. Efectivamente, si se consideran medias comunitarias, su nivel de industrialización (34,0) es inferior al europeo (34,3), mientras que si se toman medias españolas, su nivel de paro (17,9) es inferior al español (21,5) (16) (CEE, 1987, página 175). En ambos casos, no se tienen en cuenta las evoluciones tendenciales.

Las mismas razones explican que, sin embargo, sean consideradas regiones en declive Cataluña, Valencia, Navarra y Rioja cuando se tienen en cuenta las medias comunitarias, y que se siga considerando así a Cataluña cuando sólo se tienen en cuenta las españolas, en cuyo caso, se excluye también a Asturias (CEE, 1987, págs. 40, 82 y 83).

Independientemente de que, por los desequilibrios que arrastran, mayores que la media europea, todas estas regiones debieran ser objeto de ayuda por parte de la política regional comunitaria, no encontramos, sin embargo, que tenga sentido caracterizarlas como regiones en declive, al tiempo que, en nuestra opinión, sí debiera serlo Cantabria y, por descontado, Asturias y el País Vasco (17).

Una región en declive se puede definir por el hecho de que, simultáneamente, se produzca una destrucción y anquilosamiento del sector industrial sin que, al mismo tiempo, aparezca ninguna otra actividad que sea capaz de dinamizar la región y generar nuevos puestos de trabajo. Está claro que, para contrastar la existencia del fenómeno, tal definición necesita que se lleve a cabo un análisis dinámico que permita ver cuál es la evolución en el tiempo de las diferentes variables. Pero es que, si no se hace así, se puede llegar a la paradoja del *Tercer Informe*, es decir, que una región (Asturias, Cantabria) que ha visto un proceso pluridecenal de destrucción del empleo en la industria, obligando a su población a refugiarse en el subempleo agrícola o en la emigración, y sin que se hayan podido generar nuevas actividades en otro campo, no aparezca como región problemática, a pesar de que la rigidez de sus estructuras productivas la ha-

ya hecho perder, de manera creciente, niveles de bienestar, y de que además se acentúen sus problemas a medida que se prolonga la crisis.

Por el contrario, al no tener en cuenta la capacidad de generar nuevos empleos en otros campos ni la capacidad para crear nuevas actividades, e ignorar igualmente el comportamiento relativo de la región respecto a la media nacional, se puede considerar entre las regiones en declive a aquéllas que están teniendo un comportamiento más dinámico que la economía nacional en la creación de nuevas actividades (Cataluña) o que, incluso, han sufrido menos la pérdida de puestos de trabajo en el sector industrial que la media nacional (Valencia, que durante los últimos años aumenta ininterrumpidamente su porcentaje de empleo industrial sobre el total español, como puede verse en el gráfico 2). Por otra parte, al no tener en cuenta los efectos de los movimientos migratorios (CEE, 1987, pág. 24), no se puede percibir el hecho de que, precisamente por resultar algunas regiones más atractivas en un país con un grave problema de empleo como es España, la consideración simplemente de las tasas de paro puede distorsionar el verdadero carácter del mercado de trabajo, donde puede coincidir un dinamismo creador de nuevos empleos superior a la media (razón de su atracción para los movimientos migratorios) con una elevada tasa de paro (a pesar del dinamismo en esa creación).

En cualquier caso, observando la tendencia en la creación de nuevas actividades y empleos, no parece razonable que el índice sintético de Cataluña y Valencia sea inferior al del País Vasco, cuando la evolución de todas las variables demuestra que esta re-

gión se ve enfrentada a desequilibrios más profundos que las otras dos y que además se agravan con el tiempo. Lo mismo se puede decir de Asturias y Cantabria, más aún cuando ésta aparece aproximadamente al mismo nivel que Madrid.

Si la política regional de la Comunidad se guía por el tipo de conclusiones que se pueden sacar de la citada definición de regiones en declive y del índice sintético, al menos en el caso español, se corre el riesgo de que, al concentrar sus recursos y/o permitir niveles de ayuda pública superiores en las regiones consideradas desfavorecidas (índice sintético más bajo), contribuya a acentuar las tendencias emergentes de la concentración espacial de las actividades y, por el contrario, sea incapaz de corregir la tendencia acumulativa al vaciamiento de zonas para las que todavía los niveles absolutos de las variables ocultan el proceso profundo de destrucción de sus estructuras productivas.

9. CARACTERÍSTICAS DE LA ECONOMÍA DE LA CORNISA CANTÁBRICA. CONCENTRACION DE LA ACTIVIDAD EN UN NUMERO REDUCIDO DE INDUSTRIAS Y DE GRANDES EMPRESAS

La tendencia negativa de las economías regionales de la cornisa cantábrica es consecuencia directa de sus estructuras productivas, al estar poco adaptadas a las nuevas condiciones que se han ido creando en España, unas ya desde los años sesenta y otras

tras el impacto de la crisis. Entre esas características, la que destaca en primer lugar es la acusada especialización industrial, precisamente en los sectores que han sido más duramente afectados por la crisis.

En muchos casos, se ha definido a la economía vasca como un «monocultivo» del hierro, pero de hecho esta caracterización se podría extender también a las otras dos regiones (ver cuadro número 9) (18). En las tres regiones, la tercera parte del valor añadido industrial se genera en las manipulaciones más elementales del metal. El impacto sobre la evolución de la economía regional se explica porque son precisamente este tipo de actividades las que han sufrido más fuertemente el impacto de la crisis, debido a su menor complejidad tecnológica y menor capacidad para generar altos niveles de valor añadido en las nuevas condiciones de la economía mundial (exceso de oferta, competencia del tercer mundo, aparición de materiales sustitutivos).

En el caso de Asturias, la situación es aún más grave, porque es la minería del carbón el otro sector con una presencia importante en la economía regional. En este caso, la capacidad de dinamización es todavía menor que en el de las industrias metálicas, más aún cuando, desde hace décadas, la supervivencia de las explotaciones se explica solamente por la voluntad política. En Cantabria, tampoco la química básica impulsa la generación de empresas que, con apoyo en la misma, desarrollen actividades más sofisticadas. En el País Vasco, la industria del caucho ha tenido que sufrir los avatares de la situación energética y de la falta de recursos naturales, mientras que la presencia de actividades

tecnológicamente más complejas, capaces de utilizar las producciones metalúrgicas, no es suficiente para contrapesar la importancia de los tres sectores indicados.

En definitiva, las tres economías han sido incapaces de aprovechar su dotación de recursos naturales y/o la instalación de industrias básicas para desarrollar, con el impulso suficiente, la «hilera» metálica hacia formas más sofisticadas de transformación del metal, ni aprovechar la acumulación de capital durante los años anteriores para diversificar las estructuras productivas. Tal situación, además de condenarlas a sufrir las consecuencias de la pérdida de dinamismo a nivel mundial de sus sectores de especialización, significa que, como consecuencia de la falta de alternativas y conocimientos en el interior de las regiones, es ahora mucho más difícil generar endógenamente nuevas actividades en otros campos. El tipo de cultura industrial existente está fuertemente polarizada en un sentido que no es el más adecuado para el momento actual.

En el caso vasco, iniciada la industrialización en el siglo XIX a partir de la siderurgia, el metal ha condicionado posteriormente la mayor parte de la producción. Debido al tipo de actividad, esa industrialización se llevó a cabo por empresas que pronto adquirieron una gran dimensión, de manera que, por su potencia, estructuraron en función de su demanda la actividad de la mayor parte de las pequeñas y medianas empresas que nacieron posteriormente. En 1981 (ver PDR, 1986, Gob. Vasco) el 1,08 por 100 de las empresas vascas tenían más de 500 empleados y daban trabajo al 30,41 por 100 de los trabajadores. Esta proporción era

CUADRO N.º 9

VALOR AÑADIDO BRUTO SOBRE EL TOTAL INDUSTRIAL (1981)
(En porcentaje)

	<i>Pais Vasco</i>	<i>Asturias</i>	<i>Cantabria</i>	<i>Cataluña</i>	<i>España</i>
Producción y transformación de metales	14,7	26,6	12,3	0,8	5,3
Fabricación de productos metálicos	20,0	7,7	17,8	9,1	9,4
TOTAL	34,7	34,3	30,1	9,9	14,7
Energía y extractivas		34,9			
Química, caucho y plásticos	13,6		19,9		
TOTAL	48,3	69,2	50,0		

N.B.: En el caso asturiano, se debe tener en cuenta que la fuente empleada no diferencia entre industrias extractivas e industrias de la energía. Según el PDR (1986, pag. 27), y con datos no estrictamente comparables a los utilizados, la aportación de ambos sectores al VAB industrial era, respectivamente, del 22,78 y del 10,28 por 100. Por tanto, la concentración de los tres primeros sectores en el caso asturiano sería aproximadamente del 57 por 100 del VAB.

Fuente: Yabar (1985), pág. 81, y elaboración propia

aún más alta en Vizcaya, donde el 0,94 por 100 de las empresas empleaban al 31,55 por 100 de los trabajadores industriales. Estas cifras, considerablemente mayores que las correspondientes españolas (19), reflejan claramente el peso considerable que la gran empresa ha tenido dentro de la economía vasca.

Este hecho, si generó fácilmente una floreciente industria auxiliar, ha originado que la estructura productiva dependiera de tal manera de la buena marcha de un número reducido de grandes empresas que cuando éstas han ido mal no ha habido suficiente capacidad de reacción (esto es especialmente notable en Vizcaya). De esta manera, la grandeza y el declive de la economía vasca se ha desarrollado al hilo de la expansión y la ruina de las grandes empresas siderúrgicas y metalúrgicas.

En general, las grandes empresas tradicionales tienen menos flexibilidad y capacidad de respuesta que las pequeñas y medianas, lo que explica que las economías dominadas por un número redu-

cido de grandes empresas hayan tenido un comportamiento peor durante la crisis que otras economías más diversificadas. De esta manera, en la crisis se va generando una situación perversa. Las grandes empresas sobreviven gracias a las ayudas públicas, concedidas tanto por su posible valor estratégico como para evitar los conflictos sociopolíticos originados por la presión de plantillas numerosas ante el riesgo de su licenciamiento. Pero han perdido toda su capacidad dinámica y de arrastre sobre el resto de la economía, lo que hace que la crisis sea mucho más profunda entre las PYMES, que no conocen las mismas facilidades públicas. Al mismo tiempo, la inercia anterior dificulta la aparición de nuevas iniciativas.

A medida que avanza la crisis y la reestructuración, esta progresiva desarticulación del circuito económico regional se traduce en un peso cada vez mayor de las grandes empresas dentro del total de establecimientos de la región, consecuencia del mantenimiento de todas ellas por las razones extraeconómicas que sur-

gen de los procesos de reconversión y, simultáneamente, del cierre de las pequeñas. Así, en 1983 las empresas con más de 500 trabajadores representaban ya el 1,20 por 100 de los establecimientos industriales vascos y el 33,90 por 100 de la plantilla, mientras que en el caso de Vizcaya las cifras respectivas eran el 1,15 y el 37,54 por 100 (ver PDR, 1986, Gob. Vasco).

Similar es el proceso en el caso de Cantabria, donde el peso dominante de la gran industria configuró desde el primer tercio del siglo XX una economía en que la mayoría de los sectores industriales quedaron definidos por las grandes empresas, convertidas en ejes de una industria auxiliar que depende totalmente de ellas. En 1970, las diez mayores empresas de la región, que representaban el 0,35 por 100 de los establecimientos industriales, ofrecían el 33,6 por 100 del empleo del sector, mientras que las empresas con más de 250 trabajadores, que representaban el 2 por 100 de los establecimientos industriales, ofrecían el 57,5 por 100 (Ortega, 1986, págs. 242-243 y

248). Para 1981, las empresas de más de 500 trabajadores representaban el 0,82 por 100 de los establecimientos y el 42 por 100 del empleo industrial (PDR, 1986, Gobierno de Cantabria).

A su vez, en Asturias, en algún momento, la propiedad de la industria minera y metalúrgica estuvo fragmentada. Pero desde que la empresa pública se hizo cargo de las explotaciones mineras que habían dejado de ser rentables, al tiempo que desarrollaba la siderurgia integral en Enxidea, la región ha llegado a una situación en que el 35,6 por 100 del empleo industrial y el 14,5 por 100 del total dependen del INI de manera directa (Arias y Vázquez, 1986, pág. 128). A los negativos efectos comentados, propios de una estructura económica poco diversificada y excesivamente dependiente de pocas grandes empresas, hay que añadir aquí la pasividad y espíritu funcionario que la dependencia abrumadora de la empresa pública generan en una sociedad de este tipo (situación que se puede ir dando en las otras dos comunidades autónomas a medida que las empresas en crisis van pasando a manos del sector público, o sobreviven solamente gracias a las masivas subvenciones).

Finalmente, en las tres comunidades autónomas se da una considerable concentración espacial de las actividades económicas. En Asturias es la parte central, y en Cantabria la bahía de Santander y Torrelavega quienes concentran la mayor parte de la actividad económica. A su vez, en el País Vasco, y a pesar de la difusión de la industria por gran número de valles guipuzcoanos y Vitoria, la cuenca del Nervión es el eje sobre el que ha basculado de forma preponderante la

actividad industrial, y Bilbao la ciudad que ha nucleado los servicios financieros.

La polarización geográfica de la producción contribuye a reforzar los efectos negativos de la concentración sectorial y de la concentración empresarial, ya que, además de haber distorsionado las comunicaciones intrarregionales y haber acentuado en algunas zonas los efectos de la degradación del medio ambiente, hace más difícil el nacimiento de nuevas actividades empresariales en las zonas que han quedado al margen del crecimiento anterior.

10. ALTO NIVEL DE INFRAESTRUCTURAS Y BAJO NIVEL DE SERVICIOS PRODUCTIVOS

A pesar de un tópico generalizado en las regiones afectadas, el conjunto de las infraestructuras de la cornisa cantábrica estaba entre las mejores de España hasta el año 1979.

En ese año, el País Vasco era la región con una mejor oferta de agua e infraestructuras sociales, estaba muy por encima de la media en transporte, comunicaciones, suministro de energía y salud, y ligeramente por encima de la media en educación (Biehl, 1986, págs. A-35, 36). En consecuencia, después de Madrid, era la región de España mejor dotada en infraestructuras, especialmente en lo que se refiere a las necesarias para la producción industrial, que habían visto mejorada su situación desde el año 1971.

Igualmente, tanto Asturias como Cantabria tenían una buena posición relativa, pues además de Madrid y el País Vasco solamente

estaban mejor dotadas en 1979, en infraestructuras generales, Cataluña por delante de Asturias, y además Aragón y Baleares por delante de Cantabria.

Se puede afirmar, por tanto, que, en términos generales, la acumulación de infraestructuras se realiza donde históricamente se ha ido concentrando la riqueza, como consecuencia de que, independientemente de los esfuerzos voluntaristas de la política regional, la tendencia dominante es que allí donde existe la demanda se van creando las ofertas necesarias para satisfacerla. De hecho, y a pesar del posible poco interés que el franquismo pudo tener por favorecer al País Vasco, se ve cómo la creación de infraestructuras de servicios acabó realizándose en función de la lógica económica.

Por eso es tanto más significativo que las dos infraestructuras en que el País Vasco estaba claramente por debajo de la media fueran las estructuras dedicadas al ocio y las culturales. Las estadísticas confirman la sensación intuitiva de que el tipo de actividad económica desarrollada en esta comunidad autónoma ha estado siempre aquejada por un interés exclusivo en aquello que podía ser rentable de manera inmediata, despreciando el interés por el largo plazo como un lujo innecesario.

En el caso de Cantabria, se observa una excelente dotación en los aspectos relacionados con el ocio, tanto debido a la importancia creciente de las actividades turísticas como al reducido impacto de la contaminación industrial. Intermedia es la situación de Asturias, donde se combina el atractivo turístico de los extremos oriental y occidental de la región con la degradación de las

comarcas centrales. Pero en ambas regiones la situación cultural es también negativa, aunque no de manera tan acusada como en el País Vasco (20).

Evidentemente, parte importante de la responsabilidad de esa situación la tienen los poderes públicos de la época, especialmente por su tendencia a concentrar las pocas actividades culturales e investigadoras en Madrid. Pero es especialmente en estos campos donde mayor importancia tienen las actividades sociales, y en particular las empresariales. De esa manera, tanto la inexistencia de actividades de investigación como el desprecio de las élites dominantes por la cultura como no rentable explican la carencia de actividades e infraestructuras en ese campo.

Sirva como ejemplo la poca importancia que en la macro-región han tenido las fundaciones empresariales como elementos privados dinamizadores de la actividad intelectual, a diferencia de otros países industriales. La misma razón está en el origen de la inexistencia de actividades de investigación en las empresas, que preferían copiar o comprar las patentes que arriesgarse innovando.

La innovación florece solamente en un entorno adecuado, donde el gasto en actividades arriesgadas se considera una necesidad. En estas sociedades los empresarios se sienten también comprometidos en la financiación de actividades culturales que, sin utilidad inmediata, elevan el nivel general de conocimiento y sensibilidad de la población.

La crisis ha puesto en evidencia estas carencias. En este momento, las sociedades que mejor soportan las crisis son las que disponen de una oferta cultural

más amplia, de manera que de su interior pueden surgir siempre respuestas a los cambios en el entorno internacional. Por el contrario, las regiones que, estando bien dotadas de las infraestructuras adecuadas para las antiguas industrias, no han desarrollado paralelamente las infraestructuras intangibles de la cualificación y la cultura se están viendo relegadas por los acontecimientos, al no ser capaces de adaptarse a los cambios.

Recordemos, por último, que tanto en Cantabria como en el País Vasco es reciente la creación de una Universidad pública. A su vez, en Asturias, donde la tradición universitaria es secular, es llamativa la inexistencia de escuelas de ingenieros y de centros de investigación técnica aplicada a la industria. Esta es otra razón más para comprender la dificultad actual de estas regiones para asimilar los cambios económicos y para que sus empresas incorporen las posibilidades que, a nivel productivo, abren las nuevas tecnologías, incluso para los sectores tradicionales (21).

11. CONSECUENCIAS NEGATIVAS DEL PERIODO ANTERIOR

El árbol del éxito con que se llevaron a cabo las actividades económicas en el pasado había ocultado el bosque de los efectos contraproducentes que se estaban generando cara al futuro. Citemos los dos más evidentes:

1. Las repercusiones sobre el entorno

La falta de control democrático sobre la utilización del suelo du-

rante los 40 años de franquismo y la falta de visión de futuro por parte de los responsables económicos de la época han llevado, en el caso del País Vasco y de las zonas industriales de Asturias, a una degradación del entorno natural difícilmente comparable a ningún otro lugar europeo. La densidad de población en los núcleos industriales hace que sea difícil encontrar nuevo suelo donde construir, al tiempo que genera tales problemas de congestión urbana que dificultan considerablemente la vida cotidiana.

La interpenetración de carreteras, ferrocarril, puerto, fábricas, casas, chimeneas y tuberías en una misma zona, sin ningún criterio urbanístico, hace que los centros industriales sean difícilmente atractivos para localizar en ellos nuevas actividades. Darse una vuelta por la margen izquierda del Nervión o por Avilés es tener una visión deprimente de uno de los mayores «museos del horror» a los que ha dado origen el desarrollo económico, sólo comparable a la masacre ecológica que han sufrido los valles guipuzcoanos o la cuenca minera asturiana.

Hasta el punto de que plantearse un proyecto de suficiente envergadura para reestructurar esos espacios es, no solamente una obligación colectiva con los habitantes de esas zonas, sino un objetivo estratégico de fundamental importancia económica cuando se sabe la importancia que en la localización de empresas basadas en las nuevas tecnologías tiene la calidad del entorno medioambiental y urbanístico (22).

Diferente es el caso de Cantabria, donde, aparte de algunos focos menores y localizados, no

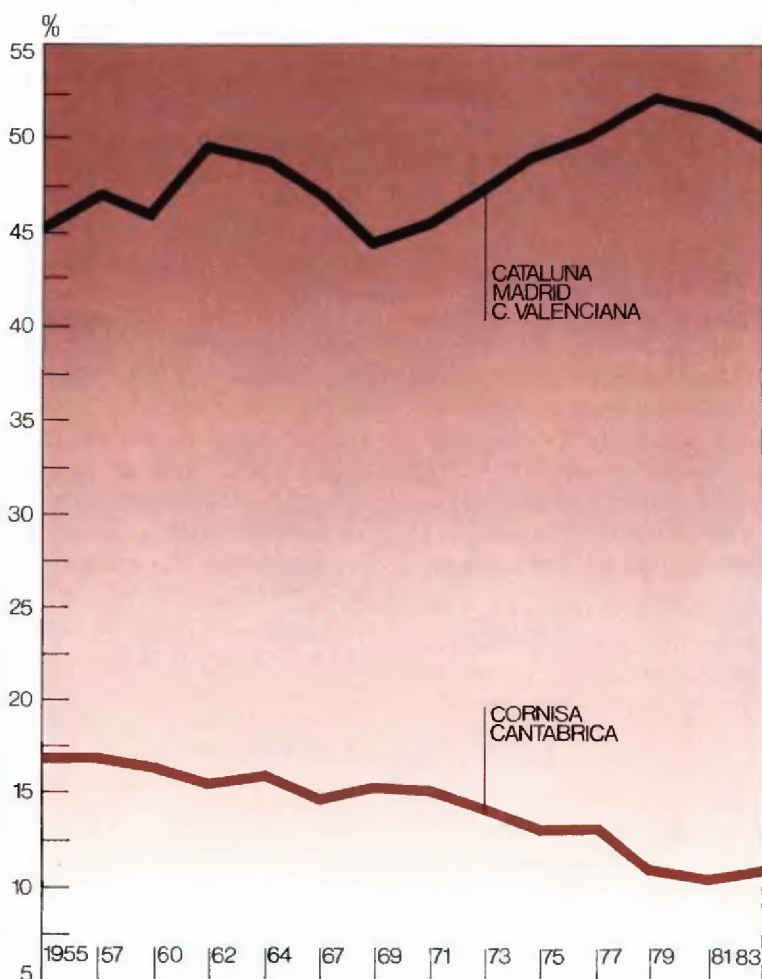
ha habido deterioro notable del medio ambiente ni procesos de congestión urbana comparables a los de otras regiones industriales españolas. De hecho, la calidad del entorno físico y la disponibilidad de suelo serían una de las grandes ventajas de esta región para la atracción de nuevas actividades, si no tuvieran como contrapartida el déficit de comunicaciones y el tipo de actitudes sociales poco receptivas a la innovación que les acompañan.

1. Los comportamientos sociales

Habiendo hablado ya de la rigidez y pasividad a la que inducen la concentración empresarial y geográfica, así como la especialización productiva, recordaremos aquí solamente un aspecto que condiciona las decisiones de inversión, al estar directamente relacionado con la actividad productiva. Las zonas de antigua industrialización tienen una antigua experiencia de organización sindical y combatividad obrera, como consecuencia de la existencia en las mismas de grandes fábricas que, por el tamaño de su plantilla, facilitaban la creación de estructuras defensivas por parte de los trabajadores. Esto es ya de por sí un elemento disuasivo cuando los inversores buscan zonas en las que la mano de obra se pliegue sin protesta a las exigencias de los nuevos procesos de trabajo.

Pero es que, además, en el caso del País Vasco, la abundancia de reestructuraciones, regulaciones de plantilla y todas las demás formas en que en los últimos años se ha destruido empleo han hecho que la conflictividad laboral sea considerablemente más

GRAFICO 4
RENTAS DE CAPITAL
Porcentaje sobre el total español



Fuente: Renta..., y elaboración propia.

elevada que en el resto del país: entre 1980 y 1985 las horas perdidas por trabajador, como consecuencia de huelgas, fueron, según los años, entre 2,26 y 7,40 veces superiores en el País Vasco que el promedio de las pérdidas en el conjunto de España (*Delegación...*, 1986).

Lo que agudiza aún más el problema citado, ya que la degradación en los comportamientos sociales que la dramática situación

del empleo ha introducido en una zona donde el paro era desconocido, ha facilitado la generalización de la violencia en los conflictos. Lo que no favorece precisamente una imagen que pueda atraer nuevos inversores.

Y aunque en el caso vasco influya en tal situación la repercusión del terrorismo en la vida cotidiana y los valores sociales, el origen es más profundo y está ligado a las estructuras socioló-

gicas y laborales de las zonas en declive y a las consecuencias de la crisis, como lo demuestran los conflictos que se han conocido en los astilleros asturianos, la reciente explosión de Reinosa o la calma tensa que en Hunosa y Ensidesa está precediendo al momento en que se llegue a su necesaria reestructuración, aplazada solamente por el temor a las consecuencias políticas y sindicales de abordarla.

De ahí que la dificultad que el conjunto de los agentes sociales de las regiones en declive tienen para plantearse alternativas de futuro, y su preferencia por pretender repetir de manera indefinida las condiciones del pasado, se traduzcan, en este campo concreto, en una acentuación del deterioro de las condiciones que permitirían, en su caso, atraer nuevas actividades.

12. EXTROVERSION DE LOS AGENTES DINAMICOS

Como hemos indicado, a medida que van consolidándose las fracciones más dinámicas del capital, diversifican sus actividades y se desligan progresivamente del espacio de origen, que, por

lo tanto, va perdiendo capacidad de respuesta endógena a los cambios de la economía mundial. La progresiva transferencia de las grandes empresas vascas desde el sector privado al público, proceso hace tiempo acabado en Asturias, es un buen ejemplo de esta tendencia, que se evidencia de manera acusada en la crisis. En el caso de Cantabria, la mayor parte de sus grandes empresas han dependido siempre de direcciones localizadas en el exterior de la región

Por su parte, en el caso vasco, las entidades financieras, que habían mantenido en su nacimiento y crecimiento una profunda interrelación con el desarrollo de la industria, hace tiempo que se han desvinculado de ésta y, siguiendo una tendencia general de la banca española, se van especializando en un proceso de intermediación que les obliga a deslocalizar cada vez mayor número de sus servicios centrales desde Bilbao hacia Madrid. La banca asturiana no ha tenido una importancia similar a la vasca, y la cántabra nunca ha tenido una vocación industrial ligada a la economía regional

De esta manera, la pasividad de las PYME regionales coincide con la desaparición, por quiebra

o deslocalización, de los agentes que habían estructurado las economías regionales en función de su actividad, lo que explica la poca capacidad de reacción de unos espacios que, sin embargo, disponen de una estructura empresarial relativamente más compleja que la del conjunto de la economía española.

Las tendencias comentadas son difícilmente comprobables estadísticamente. Hay, sin embargo, algunos datos que parecen confirmar las hipótesis expuestas. Así, el conjunto de la cornisa cántabra ha ido viendo caer de manera regular su participación en el total español de las rentas del capital, lentamente durante los años sesenta y de manera rápida a partir de la crisis. Este proceso es seguido por Asturias y el País Vasco de acuerdo con las mismas tendencias que hemos ido comentando anteriormente en otros apartados, mientras que en Cantabria se observa una recuperación desde mediados de los años setenta (23). Por el contrario, en las tres regiones industriales a las que nos estamos refiriendo como zonas de crecimiento, aunque sea irregular, existe una clara tendencia a aumentar su participación en este tipo de rentas (ver gráfico 4). Lógicamente, donde existen ingresos de

CUADRO N.º 10

VOLUMEN DE CONTRATACION EFECTIVO POR BOLSAS (Miles de millones de ptas.)

	1983	(% total)	1984	(% total)	1985	(% total)	1985/83 (%)
España	337,5	(100,00)	633,2	(100,00)	880,3	(100,00)	260,83
Madrid	219,2	(64,95)	411,7	(65,02)	685,1	(77,83)	312,55
Barcelona	71,0	(21,04)	143,8	(22,71)	117,9	(13,40)	166,06
Bilbao	32,6	(9,66)	51,5	(8,13)	45,9	(5,21)	140,80
Valencia	14,7	(4,36)	26,2	(4,14)	31,4	(3,57)	213,61

Fuente: Banco..., pág. 34, y elaboración propia.

capital existe, de una forma u otra, la capacidad de movilizar recursos productivos, lo que es una manifestación más de la diferencia de dinamismo actual y, sobre todo, potencial entre las diferentes regiones de la Península.

Igualmente, si nos referimos a un indicador tan sensible como los mercados de capitales (ver cuadro n.º 10) vemos cómo, dentro de un proceso general en la economía mundial de centralización de las operaciones en el mercado más importante de cada país, es precisamente la Bolsa de Bilbao la más perjudicada en el caso español, lo que demostraría tanto el menor dinamismo de los ahorradores vascos como la cada vez menor importancia de las empresas que, por estar más ligadas a la región, se ven contratadas con más intensidad en la Bolsa local (24).

CONCLUSIONES

Las tres comunidades autónomas localizadas en la cornisa cantábrica se deben considerar como zonas industrializadas en declive, tanto si se las considera a cada una de ellas aisladamente como si se las considera en conjunto. Esta situación implica la necesidad de concebir una política adecuada que impida la consolidación de un espacio deprimido en el Norte de España, con lo que implicaría de aumento de los desequilibrios regionales, generación de nuevas corrientes migratorias y destrucción de equipos capitales e infraestructuras acumuladas durante decenios.

Si es conveniente una política, definida desde el gobierno central, que ayude a superar las condiciones negativas, es aún más

necesario que los gobiernos autónomos se planteen una estrategia a largo plazo que, adoptada a las características regionales, sea capaz de redinamizar sus economías aprovechándose de las cualificaciones y experiencia acumuladas por la historia. En este proyecto, la continuidad de los problemas permite y hace deseable una colaboración interregional que posibilite la generación de economías de escala en los proyectos comunes, la obtención del peso político capaz de reclamar la atención de los organismos estatales y comunitarios, así como, en su caso, polarizar la atención y las energías colectivas de estas regiones hacia el objetivo de la reconstrucción económica.

NOTAS

(¹) Este trabajo se ha realizado gracias a los resultados de un Programa de Investigación CNRS/CAYCIT en Ciencias Sociales y a las facilidades ofrecidas por una ayuda a la investigación concedida por el Instituto del Territorio y el Urbanismo (Madrid).

(1) Es significativo que en Cantabria haya preocupado, de manera prioritaria, el Santander-Mediterráneo y el acceso a la Meseta. Mientras tanto, se ha sido casi indiferente al lamentable estado de las comunicaciones internas de la cornisa cantábrica, cuya mejora hubiera reforzado la articulación Asturias-Cantabria-Pais Vasco y ofrecido el medio de acceso más rápido a la red de comunicaciones europea, vía la autopista Bilbao-Hendaya, y al Valle del Ebro y al Mediterráneo vía la autopista Bilbao-Zaragoza.

(2) Lo que es especialmente notable en el caso de las nacionalidades históricas, como el País Vasco. Por otra parte, las posibles relaciones de desconfianza entre comunidades autónomas vecinas, originadas por razones de tradición, en el caso del País Vasco se han acentuado por su difícil problemática política y la imagen de insolidaridad que transmite al exterior, acentuada por el impacto en la opinión pública de las consecuencias de la violencia terrorista.

(3) Que, además, es probable que, en caso de que se intentara llevar a cabo, se encontrara con más de una reticencia por parte de las estructuras de la Administración central, que todavía no han llegado a asumir la filosofía operativa de un Estado estructurado autónomicamente.

(4) Que, como se podrá observar, se limitan fundamentalmente a los existentes hasta el año 1983. Esto es especialmente grave a la hora de analizar una situación donde lo fundamental son las evoluciones, tanto más cuanto que, por

la tendencia acumulativa de las mismas, los últimos años pueden ser especialmente significativos. Pero la conocida pobreza y el retraso de las estadísticas españolas hacen que cuando es necesario recurrir a series homogéneas y comparables se deban manejar siempre datos poco actualizados.

(5) Y, en consecuencia, también la productividad sea muy baja, como lo demuestra la comparación con la aportación al PIB regional del sector primario (ver cuadro n.º 6). La degradación que dicha relación ha sufrido entre 1960 y 1983, superior a la española, confirma la tendencia indicada.

(6) PDR (1986), Gobierno Asturiano, pág. 75; Fernández y Macías (1986), pág. 106.

(7) Pérez (1987), pág. 75; Fernández y Macías (1986), pág. 106.

(8) A pesar de que no son estrictamente comparables las cifras de 1986 y 1983, nos ha parecido interesante hacerlo porque las de 1986 han sido adaptadas a las exigencias de las estadísticas comunitarias (CEE, 1987, pág. 176). De esta manera, las desviaciones, en caso de existir, reflejarán de manera más adecuada la realidad que subyace a las estadísticas.

(9) La población en paro, sin empleo anterior, para España era el 28,9 por 100, un 17,4 por 100 menos que en Asturias (PDR, 1986, pág. 75). En Cantabria, el 45 por 100 de los parados es menor de 25 años y el 67 por 100 menor de 30; para España, las cifras respectivas son el 40 y el 55 por 100 (Pérez, 1987, pág. 75). En el País Vasco, los jóvenes entre 16 y 19 años representaban el 5,6 por 100 de la población activa y el 15,5 por 100 de los parados; los jóvenes entre 20 y 24 representaban, respectivamente, el 15 y el 33 por 100. En consecuencia, la tasa de paro era del 55,7 por 100 entre los menores de 24 (PDR, 1986).

(10) En 1985, en la Comunidad Autónoma del País Vasco, el 42 por 100 de los parados llevaban en esa situación más de dos años (PDR, 1986, pág. A-23).

(11) El gobierno vasco calcula que el paro afectará a 250.000 personas en la Comunidad Autónoma hasta el año 2000. A su vez, la pérdida de 126.500 empleos entre 1973 y 1983 ha significado el 15,96 por 100 de los existentes. «Este deterioro, que ha afectado principalmente a la industria y a la construcción, no tiene paralelismos con ningún otro país de la OCDE» (Gobierno Vasco, 1986, pág. 4).

(12) Si se dispusiera de datos comparables para los años posteriores, se vería cómo se acentúa la tendencia.

(13) En el caso vasco ha influido también la violencia. Ver recuadro.

(14) Incluso cuando se utiliza una serie temporal, como se hace para el paro, se reduce también a una media, es decir a una visión estática: el índice de las tasas de paro es la media de los años 1981, 1983 y 1985 (CEE, 1987, pág. 176).

(15) Lo que reconoce el *Informe* cuando recuerda que la misma tasa de industrialización en Grecia y Dinamarca oculta realidades muy diferentes, o que Gales tiene un porcentaje de empleo industrial inferior a la media de su país. Sin embargo, en vez de sacar de ello criterios que, por ser definidos de manera analítica y no puramente estadística, podrían ser más operativos, la observación sirve solamente para añadir a la lista aquellas regiones que han sido objeto de intervenciones FEDER por sus problemas sectoriales (págs. 79-80).

(16) Hagamos notar que el índice medio de paro 1981-85, que debiera tomar en cuenta el subempleo agrícola, parece no reflejarlo en el caso de Cantabria, probablemente porque, al ser elaborado a partir de las encuestas realizadas entre los directores de las explotaciones agrícolas, tiende a subestimar el subempleo en los minifundios.

(17) Siempre y cuando hablemos de regiones de tipo II, de acuerdo con la definición de la CEE (las comunidades autónomas españolas), ya que, en caso de hacerse el análisis a un

nivel geográfico inferior, el mapa sería mucho más variado.

(18) Con la salvedad de que la «cultura del hierro» no es tan ubicua en Cantabria como en el País Vasco, mientras que en el caso de Asturias va acompañada por la del carbón.

(19) Para 1981, las empresas con más de 500 trabajadores representaban el 0,29 por 100 de las empresas españolas y el 24 por 100 del empleo industrial (PDR, 1986, Gobierno de Cantabria).

(20) Obsérvese que los índices tienen en cuenta la oferta de servicios tanto en términos absolutos como en relación a las necesidades de la población y de las actividades regionales.

(21) La creación de los gobiernos autónomos, con capacidad de actuación y posibilidades de financiación, es un elemento de esperanza para el futuro, al permitir desarrollar una política tecnológica adaptada a las necesidades regionales. Una buena demostración se encuentra en los positivos resultados de las acciones emprendidas por el gobierno vasco (ver Castillo y Velasco, 1987). Al respecto, es preocupante que el Estatuto de Autonomía de Cantabria no prevea el traspaso de las competencias en industria al gobierno regional.

(22) Se debe tener en cuenta también, como ya sucede en otras zonas europeas de antigua industrialización, la capacidad de dinamización económica que tiene el desarrollo de una industria anticontaminante (ver Kunzmann, 1987).

(23) Podemos preguntarnos si hay alguna relación entre la violencia, la caída brusca del País Vasco y la ligera recuperación de Cantabria.

(24) Los grandes núcleos urbanos permiten la generación de servicios productivos imprescindibles para el futuro de una región. Sólo Bilbao hubiera podido jugar ese papel en la cornisa cantábrica, pero está perdiendo importancia en la crisis. En este contexto, tanto la decisión de instalar la capital del País Vasco en

Vitoria como los recelos hacia su influencia, que el «pueblerinismo autonómico» ha generado en su anterior *hitherland*, refuerzan su pérdida de centralidad, y con ella la del conjunto de la macro-región.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALVAREZ, R. (1986), «Evolución de la estructura económica regional de España en la historia: una aproximación», *Situación*, 1, Bilbao

ARIAS, A., y VÁZQUEZ, J. (1986), «Situación y perspectivas del sector industrial en Asturias», *ICE*, Madrid, julio.

BANCO ATLÁNTICO (1987), *Lo que necesita saber para invertir en el mercado de capitales*, Madrid.

BIEHL, D. (1986), *The Contribution of Infrastructure to Regional Development*, EEC, Bruxelles.

CASTILLO, J., y VELASCO, R. (1987), *La investigación y el desarrollo tecnológico en el País Vasco*, ZUR del Nervión, Bilbao.

CEE (1987), «Troisième rapport periodique de la Commission sur la situation et l'évolution socio-économique des régions de la Communauté», COM (87) 230 final, Bruxelles.

DELEGACIÓN DEL GOBIERNO EN EL PAÍS VASCO (1986), «El País Vasco: una crisis económica diferencial», manuscrito no publicado, Vitoria.

FERNÁNDEZ, F., y MACÍAS, F. (1986), «Situación actual de la economía asturiana», *ICE*, Madrid, julio.

GIRÁLDEZ, E. (1986), «La inversión industrial: algunas consideraciones en torno a su comportamiento sectorial y espacial durante la crisis de los setenta», *Situación*, 1, Bilbao.

GOBIERNO VASCO (1986), *Un compromiso vasco para el empleo*, Vitoria.

KUNZMANN, K. R. (1987), «The Importance of Urban and Environmental Policies for the Economic Revitalization of Traditional Regions: The Case of the Ruhrgebiet», Ponencia presentada en el Seminario «Políticas de Renovación económica en áreas en declive». II Cursos de Estudios Superiores en Asturias Ortega y Gasset. Oviedo, 27-31 de julio.

ORTEGA, J. (1986), *Cantabria, 1886-1986*, Lib. Estudio, Santander.

PDR (1986), *Programa de Desarrollo Regional, 1985-88*, Principado de Asturias, Madrid, 2 tomos.

— *Programa de Desarrollo Regional, 1986-88*, Gobierno de Cantabria. Policopiado, s.f.

— *Programa de Desarrollo Regional, 1986-88. Comunidad Autónoma del País Vasco*, Gobierno Vasco. Policopiado, s.f.

— *Programa de Desarrollo Regional, 1986-1990. Comunidad Autónoma del País Vasco*, Gobierno Vasco, Vitoria, s.f.

PÉREZ, P. (1987), «Estructura económica y social de Cantabria», *ICE*, Madrid, mayo.

PRESUPUESTOS GENERALES DE LA COMUNIDAD AUTÓNOMA DE EUSKADI, 1986, Gobierno Vasco, Vitoria, s.f.

RENTA NACIONAL DE ESPAÑA, Banco de Bilbao, Madrid, varios años.

RODRÍGUEZ, L. (1986), «Nota sobre las inversiones extranjeras en el País Vasco», *Ekonomiaz*, n.º 2, Vitoria.

UNZURRUNZAGA, E. (1986), «La coyuntura industrial en la CAPV en el periodo 1980-1983», *Ekonomiaz*, n.º 2, Vitoria.

YABAR, A. (1985), *La economía de Cantabria. Estructura actual y perspectivas de futuro*, Gobierno de Cantabria, Santander.